

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«MI CORAZÓN INMACULADO
TRIUNFARÁ»



Centenario de las apariciones de Fátima (1917-2017)



«En Fátima la Virgen eligió el corazón inocente y la sencillez de los pequeños Francisco, Jacinta y Lucía, como depositarios de su mensaje. (...) Dejémonos guiar por la luz que viene de Fátima. Que el Corazón Inmaculado de María sea siempre nuestro refugio, nuestra consolación y el camino que nos conduce a Cristo».

Año LXXIV– Núm. 1031-1032
Junio-julio 2017

FRANCISCO, *Regina coeli*, 14 de mayo de 2017

Sumario

«Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol» <i>Francisco</i>	3
«Tenemos Madre». <i>José M^a Alsina Casanova Hnssc</i>	5
Santos Francisco y Jacinta Marto	8
«En Fátima me sumí en la oración del santo pueblo fiel» <i>Francisco</i>	10
«Con María, peregrino en la esperanza en la paz» <i>Cardenal Pietro Parolin</i>	11
«¿Queréis ofrecer a Dios?» <i>Francisco</i>	14
La devoción al Inmaculado Corazón de María expresada en el mensaje de Fátima <i>Francisco María Fernández Jiménez</i>	15
Acto de consagración al Inmaculado Corazón de María <i>Pío XII</i>	18
«Y apareció en el cielo otra señal: un enorme dragón» (Ap 12, 3). <i>San Juan Pablo II</i>	20
La Inmaculada, vencedora de la serpiente <i>Padre Solá S.J.</i>	21
San Maximiliano M ^a Kolbe y el mensaje de Fátima <i>Álvaro Sánchez-Mola</i>	22
Oración del Santo Padre Francisco a la Virgen de Fátima	26
San Antonio M ^a Claret y Fátima <i>Valentín Conejero, C.M.F.</i>	28
Fátima: Profecía esencial para nuestro tiempo. Aportaciones de san Juan Pablo II <i>Juan Antonio Mateo</i>	31
«Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará» <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	35
María en los últimos tiempos <i>San Luis María Grignon de Montfort</i>	38
El triunfo de la Virgen prepara el triunfo de Jesucristo <i>Enrique Ramière</i>	39
En defensa de la familia <i>Cardenal Cañarra</i>	40

RAZÓN DEL NÚMERO

ESTE tercer número de la revista que dedicamos a conmemorar el primer centenario de las apariciones de la Virgen en Fátima tiene tres temas principales. En primer lugar las palabras pronunciadas por el papa Francisco con motivo de su peregrinación a Fátima, en segundo lugar el hecho eclesial memorable de la canonización de Jacinta y Francisco, los niños que no siendo mártires han subido a los altares a más temprana edad en la historia de la Iglesia, y finalmente aquello que constituye la culminación y resumen del mensaje de la Virgen: el triunfo de su Corazón Inmaculado.

Como el mismo Papa recordó durante el rezo dominical del *Regina Coeli* al regresar de su peregrinación: «Desde allí se mira la historia con los ojos de fe». Esta mirada descubre, en medio de un mundo desesperanzado o indiferente que atraviesa, a pesar de ciertas apariencias, momentos especialmente difíciles y trágicos, la presencia maternal de la Virgen que infunde una gran esperanza. El Papa recordó en la homilía de canonización las palabras del Apocalipsis: «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida de sol». Palabras que preceden a la descripción de la gran batalla entre el dragón, la antigua serpiente, el demonio, y la mujer y su descendencia. Esta lucha atraviesa toda la historia de los hombres y su desenlace anunciado repetidamente desde el Génesis hasta el último libro de la Revelación es de nuevo recordado en Fátima: el triunfo de la Inmaculada que prepara el reinado de su Hijo Jesucristo sobre todos los pueblos. Esta esperanza, tan íntimamente conexas con la devoción al Corazón de Jesús, es la que tiene que alimentar nuestra oración y toda nuestra vida, a pesar de las seducciones y persecuciones que en esta hora de la historia acechan con especial virulencia e intensidad la vida de la Iglesia.

La Virgen en Fátima –como ha recordado el Papa– ha querido anunciar al mundo este mensaje de esperanza y misericordia, como el único camino que puede lograr que los hombres vuelvan su mirada al Dios que desprecian o ignoran y también de un modo especial para que en toda la Iglesia se «active una auténtica movilización general contra esta indiferencia que nos enfría el corazón y agrava nuestra miopía».

Este centenario de las apariciones ha tenido un especial relieve por las canonizaciones de Jacinta y Francisco justamente en un trece de mayo en que se conmemoraba los cien años de la primera aparición de la Virgen. El contraste entre el carácter profético y, por tanto, especialmente solemne del mensaje y el medio que la Virgen elige para transmitir a la Iglesia y a todo el mundo este mensaje, nos tiene que llamar la atención, al mismo tiempo que nos dispone para entender mejor los caminos que Dios tiene, particularmente en estos tiempos, para la salvación de los hombres. Dios ha querido que la llamada a la conversión y a la penitencia fuera acogida fervorosa y filialmente de un modo que sólo lo podían hacer unos niños con su sencillez e inocencia. De este modo nos invita a tener siempre presente las palabras del Evangelio: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18,3)

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

«Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol»

*Homilía del Santo Padre en la misa de canonización de
los Pastorcitos de Fátima, 13 de mayo de 2017*

UN gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol», dice el vidente de Patmos en el Apocalipsis (12,1), señalando además que ella estaba a punto de dar a luz a un hijo. Después, en el Evangelio, hemos escuchado cómo Jesús le dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,27). Tenemos una Madre, una «Señora muy bella», comentaban entre ellos los videntes de Fátima mientras regresaban a casa, en aquel bendito 13 de mayo de hace cien años. Y, por la noche, Jacinta no pudo contenerse y reveló el secreto a su madre: «Hoy he visto a la Virgen». Habían visto a la Madre del Cielo. En la estela de luz que seguían con sus ojos, se posaron los ojos de muchos, pero... éstos no la vieron. La Virgen Madre no vino aquí para que nosotros la viéramos: para esto tendremos toda la eternidad, a condición de que vayamos al Cielo, por supuesto.

Pero ella, previendo y advirtiéndonos sobre el peligro del Infierno al que nos lleva una vida –a menudo propuesta e impuesta– sin Dios y que profana a Dios en sus criaturas, vino a recordarnos la luz de Dios que mora en nosotros y nos cubre, porque, como hemos escuchado en la primera lectura, «fue arrebatado su hijo junto a Dios» (Ap 12,5). Y, según las palabras de Lucía, los tres privilegiados se encontraban dentro de la luz de Dios que la Virgen irradiaba. Ella los rodeaba con el manto de luz que Dios le había dado. Según el creer y el sentir de muchos peregrinos –por no decir de todos–, Fátima es sobre todo este manto de luz que nos cubre, tanto aquí como en cualquier otra parte de la tierra, cuando nos refugiamos bajo la protección de la Virgen Madre para pedirle, como enseña la Salve Regina, «muéstranos a Jesús».

Queridos peregrinos, ¡tenemos una Madre, tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús, porque, como hemos escuchado en la segunda lectu-

ra, «los que reciben a raudales el don gratuito de la justificación reinarán en la vida gracias a uno solo, Jesucristo» (Rm 5,17). Cuando Jesús subió al Cielo, llevó junto al Padre celeste a la humanidad –nuestra humanidad– que había asumido en el seno de la Virgen Madre, y que nunca dejará. Como un ancla, fijemos nuestra esperanza en esa humanidad colocada en el Cielo a la derecha del Padre (cf. Ef 2,6). Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro.

Con esta esperanza, nos hemos reunido aquí para dar gracias por las innumerables bendiciones que el Cielo ha derramado en estos cien años, y que han transcurrido bajo el manto de luz que la Virgen, desde este Portugal rico en esperanza, ha extendido

hasta los cuatro ángulos de la tierra. Como un ejemplo para nosotros, tenemos ante los ojos a san Francisco Marto y a santa Jacinta, a quienes la Virgen María introdujo en el mar inmenso de la luz de Dios, para que lo adoraran. De ahí recibían ellos la fuerza para superar las con-

trariedades y los sufrimientos. La presencia divina se fue haciendo cada vez más constante en sus vidas, como se manifiesta claramente en la insistente oración por los pecadores y en el deseo permanente de estar junto a «Jesús oculto» en el sagrario.

En sus *Memorias* (III, n. 6), sor Lucía da la palabra a Jacinta, que había recibido una visión: «¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?». Gracias por haberme acompañado. No podía dejar de venir aquí para venerar a la Virgen Madre, y para confiarle a sus hijos e hijas. Bajo su manto, no se pierden; de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitan y



El Papa abraza a Lucas, el niño curado milagrosamente por la intercesión de los pastorcitos Jacinta y Francisco

que yo suplico para todos mis hermanos en el bautismo y en la humanidad, en particular para los enfermos y los discapacitados, los encarcelados y los

desocupados, los pobres y los abandonados. Queridos hermanos: pidamos a Dios, con la esperanza de que nos escuchen los hombres, y dirijámonos a los hombres, con la certeza de que Dios nos ayuda.

En efecto, Él nos ha creado como una esperanza para los demás, una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno. Al «pedir» y «exigir» de cada uno de nosotros el cumplimiento de los compromisos del propio estado (carta de Sor Lucía, 28 de febrero de 1943), el Cielo activa aquí una auténtica y precisa movilización general contra esa indiferencia que nos enfría el corazón y agrava nuestra miopía. No queremos ser una esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24): lo ha dicho y lo ha hecho el Señor, que siempre nos precede. Cuando pasamos por alguna cruz, Él ya ha pasado antes. De este modo, no subimos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido Él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarnos a nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llevarnos a la luz.

Que, con la protección de María, seamos en el mundo centinelas que sepan contemplar el verdadero rostro de Jesús Salvador, que brilla en la Pascua, y descubramos de nuevo el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es misionera, acogedora, libre, fiel, pobre de medios y rica de amor.

Consagración de san Maximiliano María Kolbe al Corazón Inmaculado de la Virgen María

Oh, Inmaculada, Reina del Cielo y de la tierra, refugio de los pecadores y Madre nuestra amorosísima, a quien Dios confió la economía de la misericordia.

Yo,..... pecador indigno, me postro ante ti, suplicando que aceptes todo mi ser como cosa y posesión tuya.

A ti, oh Madre, ofrezco todas las dificultades de mi alma y mi cuerpo, toda la vida, muerte y eternidad. Dispón también, si lo deseas, de todo mi ser, sin ninguna reserva, para cumplir lo que de ti ha sido dicho: «Ella te aplastará la cabeza» (Gen 3,15), y también: «Tú has derrotado todas las herejías en el mundo».

Haz que en tus manos purísimas y misericordiosas me convierta en instrumento útil para introducir y aumentar tu gloria en tantas almas tibias e indiferentes, y de este modo, aumente en cuanto sea posible el bienaventurado Reino del Sagrado Corazón de Jesús. Donde tú entras, oh Inmaculada, obtienes la gracia de la conversión y la santificación, ya que toda gracia que fluye del Corazón de Jesús para nosotros, nos llega a través de tus manos.

Ayúdame a alabarte, oh, Virgen Santa, y dame fuerza contra tus enemigos.

«Tenemos Madre». Lo que sucedió en Fátima el 12-13 de mayo. Crónica de un peregrino

JOSÉ M^a ALSINA CASANOVA HNSSC

ERAN las 16.20 h portuguesas cuando el portón del avión en el que viajaba el papa Francisco venido desde Roma se abrió ante la mirada de la multitud expectante que clavaba sus ojos en las pantallas colocadas en la plaza del Santuario de Fátima.

A los pocos minutos pudimos contemplar el rostro sonriente del Vicario de Cristo, recién llegado a aquellas tierras como peregrino de esperanza y de paz. Era el cuarto Papa que venía a postrarse ante Nuestra Señora del Rosario en Cova da Iria. La ocasión merecía su presencia. Se cumplían cien años de aquella manifestación profética a los humildes pastorcitos, Jacinta, Francisco y Lucía con la que la Madre dio a conocer al mundo los designios de su Corazón Inmaculado. «No podía dejar de venir aquí —dijo el Papa al día siguiente en la homilía— para venerar a la Virgen Madre, y para confiarle a sus hijos e hijas. Bajo su manto, no se pierden; de sus brazos vendrá la esperanza y la paz».

La plaza estalló de júbilo ante el saludo de Pedro que descendía por la escalera del avión. El pueblo sencillo gritaba ¡Viva el Papa! y levantaba sus pañuelos como queriendo decir a una sola voz: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! En aquellos instantes, pude experimentar, en medio de la multitud, lo que es el cariño de las gentes al Papa. El mismo cariño que percibí el año 2000 con Juan Pablo II en aquella fecha memorable en la que pude asistir a la beatificación de Francisco y Jacinta. Es el amor de los sencillos, que brota de la fe, el mismo que pude también contemplar el año 2010 con Benedicto XVI. Aquel 13 de mayo del Año sacerdotal el Papa acudió a Fátima a consagrarnos a todos los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María. Ahora era Francisco que como peregrino había llegado a Portugal para celebrar el centenario de las apariciones y para poner a toda la humanidad en el regazo de Nuestra Señora.

El Papa, después de un breve encuentro en la base aérea de Monte Real con el presidente de la República Portuguesa, Marcelo Rebelo de Sousa, se subió a un helicóptero que no tardó en sobrevolar la explanada del santuario. Por los altavoces se oían los cantos de bienvenida con la invocación continua a los pas-

torcitos que iban a ser canonizados: «*Francisco e Jacinta rogai por nos*»; cantaba los fieles con emoción. El Papa ya estaba entre nosotros.

Alrededor de las 18 h el «papamóvil» prorrumpió en la explanada de Cova da Iria. La figura del «obispo vestido de blanco» se confundía entre la multitud de banderas de los peregrinos venidos de todos los rincones del mundo. Al son del canto de la asamblea, «peregrino de esperanza y de paz», el Papa llegaba a la Capelinha. Después de depositar unas flores a los pies de la imagen de la Virgen, se introdujo en un profundo silencio con el que todos nos quedamos recogidos en oración. La mirada de la Señora parecía inclinarse con ternura ante el sucesor de Pedro que presentaba las alegrías y sufrimientos, los anhelos y esperanzas de toda la humanidad. Las gentes acompañaban al Papa en silencio; los labios se movían musitando el avemaría, los ojos se cerraban... todos pedíamos con el Papa y por el Papa. El Santo Padre se santiguó para finalizar su silencio y del público volvieron a escucharse los vivas al Papa.

«¡Salve Reina! ¡Bienaventurada Virgen de Fátima! ¡Señora de Corazón Inmaculado, refugio y camino que conduce a Dios!». Con estas palabras, el Papa, después de aquel largo silencio, comenzó la extensa oración de consagración a Nuestra Señora. El Papa le pidió a la Virgen por la paz del mundo, para que se anuncie el Evangelio a todas las gentes. Aquella larga oración que se convertía en una salve letánica de peticiones la cerró el Papa exclamando: «Unido a mis hermanos, en la fe, en la esperanza y en el amor, a ti me entrego. Unido a mis hermanos, por ti a Dios me consagro, oh Virgen del Rosario de Fátima. Y finalmente, envuelto en la luz que nos viene de tus manos, daré gloria al Señor por los siglos de los siglos». El colofón de aquel encuentro primero con la Madre fue el ofrecimiento de las rosas de oro. Es un regalo que los papas hacen en contadas ocasiones en su visita a santuarios como signo de reconocimiento y gratitud a la Virgen y también a los santos. La última rosa de oro depositada a los pies de la Virgen de Fátima fue la del papa Benedicto XVI.

La siguiente cita con Nuestra Señora y el Papa sería al anochecer. A los sacerdotes nos situaron junto



Explanada de Fátima en la mañana del 13 de mayo de 2017

al altar mayor de la explanada. Desde las pantallas pudimos seguir la oración del Rosario dirigida por el Papa en la Capelinha. Mirando a la explanada contemplábamos un mar de luz dibujado por la multitud de velas de los peregrinos que se levantaban en cada «Gloria Patri» como expresión de la oración que de las manos de María era dirigida al Cielo.

Cerca de las 21h el coche del Papa volvió a aparecer por la explanada. El Santo Padre se bajó del vehículo en medio del gran pasillo central. El Papa quería recorrer los últimos metros como signo de peregrinación. Con paso ranqueante, Francisco, rodeado de la seguridad, avanzaba sonriendo y tratando de esquivar en algún momento a sus protectores para poder extender su mano a los peregrinos. En ese lento avanzar del Papa hacia la Capelinha me vino al pensamiento la imagen del «obispo de blanco» que subía aquella montaña cuya cima era el calvario y que en un momento de la ascensión caía herido; pensé en Juan Pablo II, en Benedicto XVI, en la Iglesia presidida ahora por Francisco que peregrina mirando la cruz de su Maestro en medio de los avatares de nuestra historia y que nunca se detiene y camina ¡siempre adelante! como tantas veces repite Francisco.

El Papa introdujo la oración del Rosario con unas palabras: «Cada vez que recitamos el Rosario, en este lugar bendito o en cualquier otro lugar, el Evangelio

prosigue su camino en la vida de cada uno, de las familias, de los pueblos y del mundo». La petición de la Virgen a los pastorcitos: «Rezad el Rosario» resonaba como un eco silencioso en medio de la noche ante aquel altar del mundo presidido por el sucesor de Pedro. Para finalizar su alocución el Papa, dirigiéndose a Cristo con la confianza de un niño, le dijo en nombre de todos: «La única manera de ser exaltado es que tu Madre me tome en brazos, me cubra con su manto y me ponga junto a tu Corazón».

Una vez finalizado el rosario, el Santo Padre se retiró discretamente para dar paso a la Eucaristía que presidiría el Secretario de Estado, Mons. Pietro Parolin. Las palabras de su homilía fueron todo un resumen del mensaje de Fátima: la llamada a la conversión y a la penitencia, en medio de la lucha enconada contra el «dragón» que la Iglesia libra en medio de la historia, el valor profético de estas apariciones y la importancia y la fuerza de la oración que siempre es escuchada por el Altísimo.

La noche caía sobre aquel lugar santo, muchos peregrinos pernoctarían en la misma explanada guardando sitio ante la previsión de una multitud que volvería a llenar el recinto para la gran celebración del día siguiente.

La mañana del 13 de mayo Fátima amaneció con un sol reluciente que parecía saludar con gozo aque-

lla fiesta del centenario de la primera aparición; fecha en la que serían canonizados por el papa Francisco los pastorcitos Jacinta y Francisco.

Pocos minutos antes de las 10 comenzó la procesión de entrada de los cardenales y obispos, que, acompañando la imagen de Nuestra Señora, a modo de peregrinación, recorrerían antes de llegar al altar todo el recinto abarrotado por casi medio millón de fieles. Se calcula que concelebramos cerca de mil quinientos sacerdotes. Pude ver bastantes sacerdotes jóvenes de Portugal como un signo de esperanza para aquella nación que según prometió la Virgen a los pastorcitos no perdería la fe en Cristo.

Mientras tanto por las pantallas seguíamos al Papa que en el interior de la Basílica se acercaba a rezar ante la tumba de los pastorcitos. ¡Cómo tendría que mirar desde el Cielo la niña Jacinta al Papa por quien tanta devoción sentía y por el que había rezado y ofrecido tantos sacrificios!

Una vez revestido, el Santo Padre accedió por la parte superior del altar mayor al lugar de la celebración. Más de sesenta obispos y una decena de cardenales le acompañaban en la concelebración. Había llegado el momento solemne en el que el Papa con la autoridad que le ha sido conferida por Cristo pronunciaba las palabras solemnes: «declaramos y definimos como santos a los beatos Francisco Marto y Jacinta Marto y los inscribimos en el catálogo de los santos». La multitud no dejó finalizar la fórmula al Papa y respondió con un aplauso prolongado a sus palabras. En la fachada del santuario las dos imágenes preciosas de los nuevos santos presidían la celebración. La Iglesia podría para siempre venerar con culto público a aquellos niños que no temieron decir que sí cuando la Señora les pidió si estaban dispuestos a ofrecer sus vidas por la salvación del mundo.

«Tenemos Madre». El Papa, en su homilía, se detuvo en su afirmación, repitiéndola con entonación expresiva. Bastaban estas palabras para comprender lo que el Papa quería transmitirnos en aquel momento. Aquella era la razón por la que la Virgen hacía cien años se había manifestado a los niños. La razón por la que había abierto su Corazón mostrándoles lo que iba a suceder si no se rezaba el Rosario y no se hacían sacrificios. El motivo por el que ella había prometido que su Corazón Inmaculado triunfaría tras la pasión que los hijos de la Iglesia tendrían que padecer en los últimos tiempos. La razón era ésta: el Papa lo estaba señalando; TENEMOS MADRE. Una Madre que el 13 de mayo de 1917 bajó del Cielo porque había

hecha suyas las palabras de su Hijo al pie de la cruz: «Ahí tienes a tus hijos».

La misa transcurriría con toda solemnidad. El momento más emotivo tuvo lugar en el ofertorio cuando el niño Lucas, curado milagrosamente por la intercesión de los nuevos santos se acercó a presentar junto a sus padres las ofrendas. El Papa abrazó con todo cariño a la criatura y en ese abrazo nos fundimos todos levantando nuestra mirada al Cielo prometido por la Virgen a los nuevos santos. Con la fe de la Iglesia podíamos esperar que desde la patria eterna ellos para siempre no dejarían de interceder como lo habían hecho con Lucas por nosotros, peregrinos en la tierra.

Como prolongación del sacrificio del altar al finalizar la misa se expuso el Santísimo Sacramento para ser adorado. La oración del ángel enseñada a los pastorcitos fue cantada con devoción por toda la asamblea: «Dios mío, yo creo, espero, os adoro y os amo y os pido perdón por los que no creen, esperan, os adoran y os aman». El Papa no quería pasar por Fátima sin detenerse unos instantes a considerar el valor del sufrimiento para la vida de la Iglesia. Francisco les dijo a los predilectos del Señor: «Vuestra presencia silenciosa, pero más elocuente que muchas palabras, vuestra oración, el ofrecimiento diario de vuestros sufrimientos, en unión con los de Jesús crucificado por la salvación del mundo, la aceptación paciente y hasta alegre de vuestra condición son un recurso espiritual, un patrimonio para toda la comunidad cristiana. No tengáis vergüenza de ser un tesoro valioso de la Iglesia». A continuación, el Santo Padre se acercó a los enfermos para bendecirlos. Quería cumplir así el deseo que había expresado en sus palabras: «Jesús va a pasar cerca de vosotros en el Santísimo Sacramento para manifestaros su cercanía y su amor».

La solemne celebración concluía con la despedida a la Virgen. El Papa se sumó al cariño del pueblo cristiano agitando su pañuelo ante el paso de la Señora y escuchando con emoción el cántico de adiós del pueblo portugués: «*Uma prece final, ao deixar-Vos Mãe de Deus. Viva sempre em minha alma este grito imortal: Ó Fátima, adeus! Virgem Mãe, adeus!*».

Finalizaba así la celebración de este 13 de mayo que pervivirá para siempre en la memoria de la Iglesia como el día en el que el papa Francisco se acercó al lugar de las apariciones de Fátima como peregrino de esperanza y de paz, para recordar al mundo con el ejemplo de los pastorcitos que el Reino de los Cielos es de aquellos que se hacen como niños.



Santos Francisco y Jacinta Marto

El obispo de Leiria-Fátima, Antonio Augusto dos Santos Marto, presentó brevemente la biografía de los beatos antes de ser canonizados



SANTO Padre, pido a la Santa Madre Iglesia que Su Santidad inscriba a los beatos Francisco Marto y Jacinta Marto en el Catálogo de los Santos y, como tales, sean invocados por todos los cristianos.

Los hermanos Francisco Marto y Jacinta Marto son los más jóvenes de los siete hijos de Manuel Pedro Marto y Olimpia de Jesús, naturales del lugar de Aljustrel, parroquia de Fátima, de la diócesis de Leiria-Fátima.

Francisco nació el 11 de junio de 1908 y fue bautizado el 20 de ese mes en la iglesia parroquial de Fátima. Jacinta Marto nació el 5 de marzo de 1910, habiendo sido bautizada el día 19 de ese mes, también en la iglesia parroquial de Fátima.

Crecieron en un ambiente familiar y social modesto pero profundamente cristiano.

Su educación cristiana es simple, pero sólida, tuvo como principales agentes a sus padres, que fueron para ellos un ejemplo de fe comprometida, de respeto por todos, de caridad hacia los pobres y los necesitados. Todavía muy joven, comenzaron a pastorear el rebaño de la familia: Francisco tenía 8 años y Jacinta 6. Pasaban gran parte de los días en la tarea de acompañar a las ovejas, junto con su prima Lucía.

En 1916, en la primavera, el verano y el otoño, ven al Ángel de la Paz. Entre mayo y octubre de 1917, cada día 13 (excepto en agosto, que es el día 19) fueron visitados por la Virgen María, Nuestra Señora del Rosario. En la primera aparición, el 13 de mayo de 1917, la Santísima Virgen les hizo una invitación: «¿Queréis ofrecerlos a Dios?». Con su prima, Lucía, respondieron: «Sí, queremos». A par-

tir de esa fecha vivieron sus vidas entregadas a Dios y a sus designios de misericordia.

Del perfil de Francisco sobresale su carácter pacífico y sereno. A partir de las apariciones del Ángel y de Nuestra Señora desarrollará un estilo de vida caracterizado por la adoración y la contemplación. Siempre que podía, se refugia en un lugar aislado para rezar. A menudo pasaba largas horas en el silencio de la iglesia parroquial, junto al sagrario, para hacer compañía a «Jesús escondido». En su intimidad con Dios, Francisco descubre a Dios triste ante los sufrimientos del mundo; sufre con Él y desea consolarlo.

Siendo el más contemplativo de los tres videntes, su vida de oración se alimenta de la escucha atenta del silencio en que Dios habla. Se deja morar por la presencia indecible de Dios —«Yo sentía que Dios estaba en mí, pero no sabía cómo era»— y es a partir de esa presencia que acoge a los demás en la oración.

En octubre de 1918 Francisco cae enfermo, víctima de la epidemia bronco-neumónica. El 2 de abril de 1919 se confiesa y el 3 de abril recibe el viático. Al día siguiente, el 4 de abril, a las 22 horas, muere serenamente en su casa, rodeado por sus familiares.

Fue sepultado en el cementerio de Fátima el 5 de abril de 1919. El 13 de marzo de 1952 sus restos fueron trasladados a la basílica de Nuestra Señora del Rosario, en el santuario de Fátima.

Jacinta tenía un carácter cariñoso y expansivo. Tocada por las apariciones del ángel y de la Madre de Dios se deja impresionar, sobre todo, por el sufrimiento de los «pobres pecadores» y por la misión y sufrimiento del Santo Padre. De hecho, después de estos encuentros con el Cielo, vive completamente olvidada de sí, ofreciendo oraciones y sacrificios para el bien de todos los que sufren. Su espiritualidad se caracteriza por la entrega generosa de sí, como un don para los demás. Expresa frecuentemente

el deseo de compartir con todos el amor ardiente que sentía por los corazones de Jesús y de María. Todos los pequeños gestos de su día, incluso las contrariedades en la enfermedad, eran motivo de ofrenda a Dios por la conversión de los pecadores y el Santo Padre. Compartió su merienda con los pobres, ofreciendo el ayuno en sacrificio como señal de su disponibilidad para ser totalmente de Dios. La característica fundamental de su espiritualidad era la compasión, especialmente por los que sufrían y por los que vivían alejados de Dios.

A finales del año 1918, Jacinta cae enferma con la epidemia bronco-neumónica. En enero de 1920 es llevada a Lisboa para ser tratada en el hospital de Doña Estefanía. En la noche del 20 de febrero, a las 22:30 muere sola. Es sepultada el 24 de febrero en el cementerio de Ourém. El 12 de septiembre de 1935 sus restos mortales se trasladaron al cementerio de Fátima y el 1 de mayo de 1951 a la basílica de Nuestra Señora del Rosario en el santuario de Fátima. Los rasgos de espiritualidad de los dos hermanos asumen una vocación inseparablemente contemplativa y compasiva, que los lleva a ser espejo de la luz de Dios en la práctica de las buenas obras.

Francisco y Jacinta Marto fueron beatificados por san Juan Pablo II en Fátima el 13 de mayo de 2000.

Recientemente, vuestra Santidad autorizó que la Congregación para las Causas de los Santos promulgara el decreto del milagro atribuido a la intercesión de los beatos Francisco y Jacinta. Por fin, en el consistorio del 20 de abril de este año, Vuestra Santidad estableció la fecha de la canonización de estos más jóvenes beatos de la historia de la Iglesia para este día 13 de mayo de 2017, durante la peregrinación al santuario de Fátima, en la celebración del centenario de las apariciones de la Santísima Virgen, Señora del Rosario.

¡Si yo le pudiera consolar!

En la tercera aparición, a Francisco lo que más le impresionó era Dios, la Santísima Trinidad, en esa luz inmensa que nos penetraba hasta en lo más íntimo del alma:

– «Estábamos ardiendo en aquella luz y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! ¡No se puede decir! Esto sí que nadie lo puede decir. Da pena que esté tan triste. ¡Si yo le pudiera consolar!».

LUCÍA, *Cuarta memoria*

«En Fátima me sumí en la oración del santo pueblo fiel»

Ayer por la noche regresé de la peregrinación a Fátima: ¡saludemos a la Virgen de Fátima! Y nuestra oración mariana de hoy adquiere un significado particular lleno de memoria y de profecía para quien mira la historia con los ojos de la fe. En Fátima me sumí en la oración del santo pueblo fiel, oración que allí fluye desde hace cien años como un río, para implorar la protección maternal de María sobre el mundo entero. Doy gracias al Señor que me ha concedido ir a los pies de la Virgen Madre como peregrino de esperanza y de paz. Y agradezco de corazón a los obispos, al obispo de Leiria en Fátima, a las autoridades del Estado, el presidente de la República, y a todos aquellos que han ofrecido su colaboración.

Desde el inicio, cuando en la capilla de las Apariciones permanecí por largo tiempo en silencio, acompañado por el silencio orante de todos los peregrinos, se creó un clima contemplativo y de recogimiento, en el cual se desarrollaron los varios momentos de oración. Y en el centro de todo estuvo y está el Señor resucitado, presente en medio de su Pueblo en la Palabra y en la Eucaristía. Presente en medio de tantos enfermos, que son protagonistas de la vida litúrgica y pastoral de Fátima, como de cada santuario mariano.

En Fátima la Virgen eligió el corazón inocente y la sencillez de los pequeños Francisco, Jacinta y Lucía, como depositarios de su mensaje. Estos niños lo acogieron digna-

mente, tanto que fueron reconocidos como testigos confiables de las apariciones, transformándose en modelos de vida cristiana. Con la canonización de Francisco y Jacinta, quise proponer a toda la Iglesia su ejemplo de adhesión a Cristo y el testimonio evangélico. Y también quise proponer a toda la Iglesia

que cuide a los niños. Su santidad no es consecuencia de las apariciones sino de la fidelidad y del ardor con el cual ellos correspondieron al privilegio recibido de poder ver a la Virgen María. Después del encuentro con la «bella Señora» —así la llamaban— ellos recitaban frecuentemente el rosario, hacían penitencia y ofrecían sacrificios para obtener

el final de la guerra y por las almas más necesitadas de la divina misericordia.

También hoy hay tanta necesidad de oración y de penitencia para implorar la gracia de la conversión, para implorar el final de tantas guerras que están por todas partes en el mundo y que se extienden cada vez más, como también el final de los absurdos conflictos: grandes y pequeños que desfiguran el rostro de la humanidad.

Dejémonos guiar por la luz que viene de Fátima. Que el Corazón Inmaculado de María sea siempre nuestro refugio, nuestra consolación y el camino que nos conduce a Cristo.

FRANCISCO, *Regina coeli*, 14 de mayo de 2017



«Con María, peregrino en la esperanza y en la paz»

Homilía del cardenal Pietro Parolin en la eucaristía de la vigilia

Fátima, 12 de mayo de 2017

QUERIDOS peregrinos de Fátima: Llenos de alegría y gratitud, nos hemos reunido en este santuario que conserva la memoria de las apariciones de la Virgen a los tres pastorcillos, uniéndonos a la multitud de peregrinos que durante estos cien años ha llegado hasta aquí para manifestar su confianza en la Madre del Cielo. Esta Eucaristía la celebramos en honor a su Corazón Inmaculado. En la primera lectura, hemos oído cómo el pueblo exclamaba: «Has evitado nuestra ruina y te has portado rectamente ante nuestro Dios» (Jdt 13, 20). Son palabras de elogio y agradecimiento que la ciudad de Betulia dirige a Judit, su heroína, porque «el Señor, el Dios que creó el cielo y la tierra [...] te ha guiado hasta cortar la cabeza al jefe de nuestros enemigos» (Jdt 13,18). Sin embargo, estas palabras encuentran su plena realización en la Inmaculada Virgen María, que, gracias a su descendencia –Cristo el Señor– ha sido capaz de «aplastarle la cabeza» (cf. Gn 3,15) a «la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; (...) se llenó de ira (...) contra la mujer, y se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (Ap 12, 9.17).

Como una madre que se preocupa por las tribulaciones de sus hijos, ella se apareció aquí con un mensaje de consuelo y de esperanza para la humanidad en guerra y para la Iglesia que sufre: «Al final, mi Corazón Inmaculado triunfará» (aparición de julio de 1917). En otras palabras: «Tened confianza. Al final, el amor y la paz vencerán, porque la misericordia de Dios es más fuerte que el poder del mal. Lo que parece imposible para los hombres es posible para Dios». Y la Virgen nos invita a alistarnos en esta lucha de su divino Hijo, especialmente rezando cada día el rosario por la paz en el mundo. Pues, aunque todo depende de Dios y de su gracia,

*¿Qué es lo que nos pide Fátima?
Perseverar en la consagración al
Corazón Inmaculado de María, rezando
cada día el rosario*

tenemos que actuar como si todo dependiera de nosotros, pidiendo a la Virgen María que el corazón de las personas, el hogar de las familias, el camino de los pueblos y el alma fraterna de toda la humanidad estén consagrados a ella y puestos bajo su protección y guía. Ella quiere que la gente se le entregue. «Si hacéis lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz» (aparición de julio de 1917). Al final, quien vencerá a la guerra es un corazón: el Corazón de la Madre obtendrá la victoria al frente de millones de hijos e hijas suyas.

Esta noche damos gracias y alabanzas a la Santísima Trinidad porque muchos hombres y mujeres se han adherido a esta misión de paz que se le ha confiado a la Virgen Madre. De Oriente a Occidente, el amor del Corazón Inmaculado de María se ha ganado un lugar en el corazón de los pueblos como fuente de esperanza y de consuelo. Se convocó el Concilio Vaticano II para renovar la faz de la Iglesia, mostrándose sustancialmente como el concilio del amor. Los pueblos, los obispos, el Papa escucharon los ruegos de la Madre de Dios y de los hombres: el mundo entero fue consagrado a ella. Por todas partes se crean grupos y comunidades de creyentes que, despertando de la apatía del pasado, se esfuerzan ahora en mostrar al mundo el verdadero rostro de la fe cristiana. «Si hacéis lo que yo os digo tendréis paz». Es cierto que, cien años después de las apariciones, «si hoy a muchos –como dice el papa Francisco– la paz les parece de alguna manera un bien que se da por descontado, casi un derecho adquirido al que no se le presta demasiada atención, para demasiadas personas esa paz es todavía una simple ilusión lejana. Millones de personas viven hoy en medio de conflictos sin sentido. Incluso en aquellos lugares que en otro tiempo se consideraban seguros se advierte un sentimiento general de miedo. Con frecuencia nos sentimos abrumados por las



La Virgen de Fátima frente a la multitud tras finalizar la misa del sábado

imágenes de muerte, por el dolor de los inocentes que imploran ayuda y consuelo, por el luto del que llora a un ser querido a causa del odio y de la violencia, por el drama de los refugiados que escapan de la guerra o de los emigrantes que perecen trágicamente» (discurso al Cuerpo diplomático, 9 de enero de 2017). En medio de toda esta preocupación e incertidumbre sobre el futuro, ¿qué es lo que nos pide Fátima? Perseverar en la consagración al Corazón Inmaculado de María, rezando cada día el rosario. ¿Y si, a pesar de la oración, las guerras persisten? Aunque no se vean inmediatamente los resultados, perseveremos en la oración; nunca es inútil. Tarde o temprano dará fruto. La oración es un tesoro que está en las manos de Dios y que Él hace que se multiplique según sus tiempos y sus planes, muy distintos a los nuestros.

En el salmo responsorial hemos recitado el cántico del Magnificat, en el que destaca el contraste entre la «gran» historia de las naciones y sus conflictos: la historia de los grandes y poderosos con su propia cronología y geografía del poder, y la «pequeña» historia de los pobres, los humildes y los débiles. Éstos están llamados a luchar en favor de la paz con otra fuerza, con otros medios, aparentemente inútiles o ineficaces, como son la conversión, la oración reparadora, la consagración. Es una llamada para que detengamos el avance del mal entrando en el océano del amor divino como resistencia —y no rendición— frente a la banalidad y fatalidad del mal.

¿Qué tenemos que hacer? Permitidme que os lo explique con un ejemplo (cf. Eloy Bueno de la Fuente, *A Mensagem de Fátima. A misericórdia de Deus: o*

triunfo do amor nos dramas da história, 2014, 235-237): cuando recibimos un billete falso, una reacción espontánea, e incluso se podría considerar lógica, sería la de dárselo a otra persona. Esto nos enseña cómo todos estamos propensos a caer en una lógica perversa que nos domina y empuja a propagar el mal. Si actúo de acuerdo con esta lógica, mi situación cambia: cuando me dieron el billete falso, yo era una víctima inocente; el mal de los demás cayó sobre mí. En cambio, desde el momento en que yo paso conscientemente el billete falso a otro, ya no soy inocente: me he dejado vencer por la fuerza y la seducción del mal, provocando una nueva víctima; me he convertido en transmisor del mal, me he hecho responsable y culpable. La alternativa consiste en detener el avance del mal; pero eso sólo se puede hacer si se paga un precio, es decir, quedándome yo con el billete falso y librando así a la otra persona de la propagación del mal.

Esta reacción es la única que puede frenar y vencer el mal. Los seres humanos consiguen esta victoria cuando son capaces de realizar un sacrificio que se convierte en una reparación; Cristo la lleva a cabo, mostrando que su forma de amar es la misericordia. Ese exceso de amor lo vemos en la cruz de Jesús: carga con el odio y la violencia que caen sobre Él, sin insultar ni amenazar con la venganza, sino perdonando, mostrando que existe un amor más grande. Sólo Él puede hacer esto, cargando sobre Él —por así decirlo— el «billete falso». Su muerte es la victoria sobre el mal desatado por sus verdugos, que somos todos nosotros: Jesús crucificado y resucitado es nuestra paz y nuestra reconciliación (cf. Ef 2, 14; 2 Co 5, 18).

«Has evitado nuestra ruina y te has portado recatadamente ante nuestro Dios»: rezamos así, en esta noche de vigilia, como un inmenso pueblo en marcha siguiendo los pasos de Jesucristo resucitado, iluminándonos mutuamente, tirando unos de otros, apoyándonos en la fe en Cristo Jesús. De María han escrito los santos Padres que concibió a Jesús primero en la fe y después en la carne, cuando dijo «sí» a la llamada que Dios le dirigió a través del Ángel. Pero, lo que ocurrió de una manera única en la Virgen Madre se realiza espiritualmente en nosotros cada vez que escuchamos la Palabra de Dios y la ponemos en práctica, según nos pide el Evangelio (cf. Lc 11, 28). Con la generosidad y la fortaleza de María, ofrecemos nuestro cuerpo a Jesús para que siga viviendo entre los hombres; ofrezcámosle nuestras manos para acariciar a los pequeños y pobres; nuestros pies

para ir al encuentro de los hermanos; nuestros brazos para sostener a los que son débiles y trabajar en la viña del Señor; nuestra mente para pensar y realizar proyectos iluminados por el Evangelio; y sobre todo nuestro corazón para amar y tomar decisiones de acuerdo con la voluntad de Dios.

Que así nos modele la Virgen Madre, estrechándonos en su Corazón Inmaculado, como hizo con Lucía y los beatos Francisco y Jacinta Marto. En este centenario de las apariciones, agradecidos por el regalo que el acontecimiento, el mensaje y el santuario de Fátima han representado para este siglo, unimos nuestras voces a la de la Virgen Santa: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, (...) porque ha mirado la humildad de su esclava (...); y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1, 46-50).

Es el tiempo de la Virgen María

¿Podemos llamar de otra manera al tiempo, a la época en que vivimos, que tiempo y época de la Virgen Nuestra Señora? ¿No veis en el mundo entero qué lección de amor, de fervor extraordinario, íbamos a decir de santa locura, por la Madre de Dios, por la Mediadora de todas las gracias, por la corredentora del género humano, por la divina gobernadora, por la que tiene las llaves de toda gracia, de todo don perfecto, de todo bien que desciende del Cielo? Lo que siempre ha sido verdad, lo que siempre ha sido un dogma católico, se vive ahora más que nunca; es la palpitación de millones de hijos de la Virgen María que la aman, que la veneran, es el triunfo en todas las naciones de Nuestra Señora de Fátima... porque ella ha querido aparecerse recientemente; es Nuestra Señora de Fátima y Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora de Lourdes, y Nuestra Señora del Pilar; es la Virgen María, es la Madre de Dios, sea cual sea el título con que se la invoque; es aquella a quien aman los cristianos, a quien se encomiendan los católicos, a quien aclaman hasta el delirio las muchedumbres de cristianos del mundo entero. ¡Es la era de la Virgen María!

Pío XII, al director del Secretariado General de las Congregaciones Marianas (1949)

«¿Queréis ofrecer a Dios?»

*Saludo del Santo Padre a los enfermos al final de la misa,
atrio del santuario de Fátima, 13 de mayo de 2017*

QUERIDOS hermanos y hermanas enfermos. Como dije en la homilía, el Señor nos precede siempre: cuando atravesamos por alguna cruz, Él ya ha pasado antes. En su Pasión, cargó con nuestros sufrimientos. Jesús sabe lo que significa el sufrimiento, nos comprende, nos consuela y nos da fuerza, como hizo con san Francisco Marto y santa Jacinta, y con los santos de todas las épocas y lugares. Pienso en el apóstol Pedro, en cómo la Iglesia entera rezaba por él mientras estaba encadenado en la prisión de Jerusalén. Y el Señor lo consoló. Este es el misterio de la Iglesia: la Iglesia pide al Señor que consuele a los afligidos y Él os consuela, incluso de manera oculta; os consuela en la intimidad del corazón y os consuela dándoos fortaleza.

Queridos peregrinos, ante nuestros ojos tenemos a Jesús invisible pero presente en la Eucaristía, así como tenemos a Jesús oculto pero presente en las llagas de nuestros hermanos y hermanas enfermos y atribulados. En el altar, adoramos la carne de Jesús; en ellos, descubrimos las llagas de Jesús. El cristiano adora a Jesús, el cristiano busca a Jesús, el cristiano sabe reconocer las llagas de Jesús. Hoy, la Virgen María nos repite a todos nosotros la pregunta que hizo, hace cien años, a los pastorcillos: «¿Queréis ofrecer a Dios?». La respuesta: «¡Sí, queremos!», nos ofrece la oportunidad de entender e imitar su vida. Ellos la vivieron con todo lo que conlleva de alegría y sufrimiento, en una actitud de ofrecimiento al Señor.

Queridos enfermos, vivid vuestra vida como una gracia y decidle a Nuestra Señora, como los pastorcillos, que queréis ofrecer a Dios con todo el corazón. No os consideréis solamente como unos destinatarios de la solidaridad caritativa, sino sentiros partícipes a título pleno de la vida y misión de la Iglesia. Vuestra presencia silenciosa, pero más elocuente que muchas palabras, vuestra oración, el ofrecimiento diario de vuestros sufrimientos, en unión con los de Jesús crucificado por la salvación del mundo, la aceptación paciente y hasta alegre de vuestra condición son un recurso espiritual, un patrimonio para toda comunidad cristiana. No tengáis vergüenza de ser un tesoro valioso de la Iglesia.

Jesús va a pasar cerca de vosotros en el Santísimo Sacramento para manifestaros su cercanía y su amor. Confíadle vuestro dolor, vuestros sufrimientos, vuestro cansancio. Contad con la oración de la Iglesia que, por vosotros y con vosotros, se eleva al Cielo desde todas partes. Dios es Padre y nunca os olvida.



Francisco saluda a los enfermos al finalizar la misa

La devoción al Inmaculado Corazón de María expresada en el mensaje de Fátima

FRANCISCO MARÍA FERNÁNDEZ JIMÉNEZ
INSTITUTO TEOLÓGICO SAN ILDEFONSO DE TOLEDO

COMO es bien sabido, uno de los ejes centrales que recorre el mensaje de las apariciones marianas en Fátima es la devoción al Inmaculado Corazón de María. Es conveniente, por tanto, que, cuando celebramos el centenario de dichas apariciones en el presente año 2017, profundicemos un poco más en este aspecto de la devoción mariana que hunde sus raíces en la Sagrada Escritura especialmente en tres textos: Lc 2, 19 en el que el evangelista san Lucas nos refiere que, ante lo que contaban los pastores, «María conservaba todas estas cosas, meditando en su corazón»; Lc 2, 51 donde nos indica que María ante las palabras misteriosas de su Hijo «conservaba todo esto en su corazón»; y, aunque no explícitamente, también se puede distinguir una alusión al corazón mariano en Lc 2, 35: «y a ti una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 35). Así al menos lo han comprendido muchos autores espirituales e incluso pontífices, entre ellos el Papa Francisco quien nos indica que en la cruz se convirtió en corazón de madre: «Y la “mujer” se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino. Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, a todos, y los ama como los amaba Jesús» (Homilía en la solemnidad de María, Madre de Dios, en AAS CVI [2014] p. 7).

El culto al Corazón de Jesús va unido al del Inmaculado Corazón de María

ESTOS textos bíblicos son comentados en la época patristica, en el medievo y en la edad moderna. Pero fue a partir del siglo xvii cuando se puede afirmar que surge esta devoción por obra de san Juan Eudes y lo hace en el momento en el que en Europa se firmaba la paz de Westfalia (1648) que ponía fin a la Guerra de los Treinta años y promovía en Europa un nuevo orden político más secularizado y se imponía una forma de vida más individualizada. Estamos en lo que los eruditos de la historiografía eclesiástica denominan «Edad Contemporánea» (que para los de la historiografía civil sitúan en la Revolución Francesa). Es precisamente para esta edad, que

es la nuestra, para la que la providencia divina nos ha propuesto para llegar a Él la devoción al Corazón de Jesús, especialmente a través de las revelaciones a santa Margarita María de Alacoque, y al Inmaculado Corazón de María. En España fue el beato Bernardo Francisco de Hoyos en el siglo xviii uno de sus más destacados propulsores. Él mismo nos indica la unión entre estas dos devociones con estas palabras: «Ha dispuesto la Divina Providencia, y el singularísimo amor de Jesús a su dignísima Madre, que la veneración y el culto de esta celestial Reina sea inseparable del honor que le rinden los fieles y la Santa Iglesia a su benignísimo Hijo y nuestro Rey Jesús. (...) Por esta causa, cuando hemos escrito del suavísimo culto del sacrosanto Corazón de Jesús, se debe entender con debida y justa proporción del amabilísimo Corazón de María Santísima».¹

Fátima, centro de la devoción al Corazón de María

EN este contexto, dos siglos más tarde, acontecieron las apariciones de la Virgen María en Fátima en la que se nos revela cuán grato es a nuestro Dios la veneración al Inmaculado Corazón de María. Esta mariofanía, expresada en palabras muy sencillas, ya que iba dirigida a tres niños, ha llegado al corazón de muchos cristianos y ha promovido de una manera extraordinaria la Consagración al Inmaculado Corazón de María y el rezo del Santo Rosario. Por eso, hablar hoy de la devoción al Inmaculado Corazón de María es hablar de Fátima, pues sigue siendo, después de cien años, un foco de evangelización extraordinario. Por ello, me dispongo a presentar lo que en el mensaje de Fátima encontramos sobre este tema a través de las Memorias de la hermana Lucía,² en ellas refiere los

1. Juan DE LOYOLA y Bernardo F. DE HOYOS, *Tesoro escondido*, 78.

2. *Memorias de la Hermana Lucía*, vol. I, compilación por el P. L. Kondor, Secretariado dos Pastorinhos, Fátima 2012.

acontecimientos y vivencias de los días de las apariciones como también la figura de sus primos Jacinta y Francisco que, a tan corta edad, habían alcanzado un nivel de madurez espiritual digno de elogio, la primera sacrificándose para evitar la condenación de tantos pecadores, el segundo orando incesantemente y sacrificándose para consolar a Cristo que estaban muy ofendido. Dos formas muy distintas de vivir el mensaje de la Virgen.

La Virgen prepara a unos niños para ser depositarios de los deseos de su Corazón

CUALQUIERA que abra el libro por el principio se dará cuenta de la devoción profesada por sor Lucía al Inmaculado Corazón de María, pues la vidente se encomienda a los Corazones de Jesús y de María para poder obedecer la orden expresa del obispo de escribir sobre su prima Jacinta. Un poco más adelante se pregunta: «¿No nos dice el sagrado Evangelio que María guardaba todas las cosas en su Corazón? Y ¿quién mejor que este Inmaculado Corazón nos podría descubrir los secretos de la divina Misericordia?» (*Memorias*, p. 35). Con estas palabras nos resume el motivo de esta devoción mariana.

En estas memorias descubrimos también cómo la Virgen iba preparando el corazón de estos niños para la manifestación mariana. Así sor Lucía narra que una de las diversiones que compartía con Jacinta era meditar en la pasión de Jesús junto a un pozo en el que a veces lloraban y su prima se pregunta: «¿no sería esta cisterna imagen de María, en cuyo Corazón secábamos nuestro llanto y bebíamos la más pura consolación?» (*Memorias*, p. 39-40). Más adelante, Lucía informa que, cuando llegó el día de su primera confesión, el sacerdote que le administró el sacramento le exhortó a pedir de rodillas a Nuestra Señora que tomara posesión de su corazón (*Memorias*, p. 71).

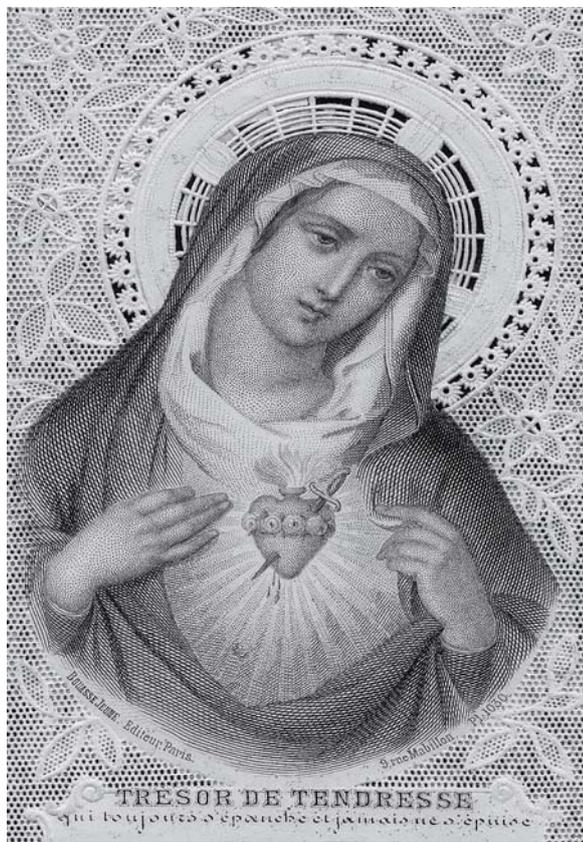
Pero son las apariciones del Ángel de Portugal del año 1916 las destinadas a preparar a los niños para recibir el mensaje mariano de 1917. En ellas ya desde

el principio están presentes los Corazones de Jesús y de María, pues a la primera oración que les enseña: «¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no aman», añade: «Rezad así, los Corazones de Jesús y de María están atentos a vuestras súplicas» (*Memorias*, p. 78). Y en la última manifestación angélica también les muestra otra oración muy relacionada con la reparación a los Corazones de Jesús y de María y muy cercana a la de la Divina Misericordia. Es la siguiente: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente, y os ofrezco el precioso Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores» (*Memorias*, p. 79). En resumen, ya el Ángel de Portugal anticipa el

núcleo central del mensaje de Fátima: entrega de la propia vida en reparación de los pecados cometidos y confiando en los méritos infinitos de los sagrados Corazones de Jesús y de María por la conversión de los pecadores.

Pero es en el mensaje de la Virgen a los niños donde se muestra, por una parte, el deseo de Dios de extender esta devoción por el mundo y, por otra, la forma de hacerlo. En efecto, en ellos comprobamos que la gran preocupación de Nuestra Señora es la condenación de tantos pecadores y por eso ofrece un camino de salvación sencillo para el hombre de hoy: el rezo del Santo Rosario y el ofrecimiento de sacrificios, especialmente aceptando los sufrimientos que nos sobrevienen, en re-

paración del Corazón Inmaculado de María que está lleno de espinas por los pecados de los hombres. Esto se halla en la aparición del 13 de junio en la que la Virgen les dirige estas palabras: «Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien le abrace prometo la salvación y serán queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí para adornar su trono» (*Memorias*, p. 175). A continuación, sabiendo la dura prueba por la que estaba pasando Lucía, añadió: «Y tú ¿sufres



mucho? No te desanimes. Yo nunca te abandonaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios» (*Memorias*, p. 83). Después sor Lucía refiere que la Virgen abrió sus manos y les comunicó el reflejo de esa luz inmensa en la que se veían como sumergidos en Dios. Y agrega: «Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora estaba un corazón, cercado de espinas, que parecían ser clavadas en él. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que pedían reparación» (*Memorias*, p. 175).

El mensaje del 13 de julio es uno de los más importantes de las apariciones que estamos comentando. Al principio Nuestra Señora les enseña la manera de ofrecer sacrificios en reparación por los pecados cometidos con esta oración que estaba siempre en boca de los niños, especialmente de Jacinta: «¡Oh mi Jesús! Es por tu amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María» (*Memorias*, p. 52). Después, la Virgen les revela un secreto en tres partes donde no falta la referencia a la devoción al Inmaculado Corazón de María como punto esencial. La primera parte del mencionado secreto es la visión del Infierno. Cuando finaliza ésta, la Virgen les dice: «Habéis visto el Infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas. Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz». La segunda parte tiene que ver con la consagración de Rusia y con el comienzo de una gran guerra (la segunda guerra mundial). También hallamos en el punto central la Consagración al Inmaculado Corazón de María: «Para impedirla (la guerra y las persecuciones) vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, y la Comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo. (...) Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia que se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre la doctrina de la Fe, etc. Esto no se lo digáis a nadie» (*Memorias*, p.176-177). La tercera parte es la que desveló en el pontificado de san Juan Pablo II y no hay una referencia explícita al Corazón Inmaculado de María, aunque sí a la persecución y a la poderosa intercesión de María que impide el castigo del ángel que viene a castigar a la humanidad.

En las memorias también hallamos la huella que las apariciones dejó en los niños, especialmente en Jacinta. Así podemos verlo en el pasaje donde se nos narra la despedida de Jacinta a su hermano Francisco que está a punto de morir. Allí dice ella: «Da muchos

saludos míos a Nuestro Señor y Nuestra Señora; y díles que sufriré todo lo que ellos quieran para convertir a los pecadores y reparar al Inmaculado Corazón de María» (*Memorias*, p. 59). También se puede observar cuando la Virgen le anuncia que va a morir sola en un hospital de Lisboa lejos de los suyos a los que no verá más y se despide de Lucía quien le pregunta sobre lo que hará en el Cielo. Ella responde: «Voy a amar mucho a Jesús, al Inmaculado Corazón de María; pediré mucho por ti, por los pecadores, por el Santo Padre, por mis padres y hermanos y por todas las personas que me han pedido por ellas» (*Memorias*, p. 62).

Fátima y Pontevedra

TAMBIÉN están ligadas a Fátima las apariciones de Pontevedra pues en ellas se explicita una de las formas de veneración al Inmaculado Corazón de María. Por ello, no se puede omitir una referencia a ellas especialmente tratando este tema. La aparición que me refiero ocurrió en Pontevedra el 10 de diciembre de 1925 en el convento de las Doroteas donde residía sor Lucía. En ella contempló la Virgen con el niño que le dijo: «Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan, sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas». Después Nuestra Señora se dirige a sor Lucía revelándole la promesa del Corazón Inmaculado de María: «Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que todos aquellos que, durante cinco meses, en el primer sábado se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen el Rosario y me hagan quince minutos de compañía, meditando en los quince misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas» (*Memorias*, p. 192).

Actualidad de la devoción al Inmaculado Corazón de María

EN conclusión, si bien la devoción al Inmaculado Corazón de María hunde sus raíces en la Sagrada Escritura, su veneración se ha hecho más importante desde el siglo XVII y ha recibido en Fátima una fuerza especial que la hace muy actual. En un mundo que parece no dejar de ofender a Dios, la presencia de fieles cristianos que desean reparar los Corazones de Jesús y de María se hace más necesaria que nunca. Por eso el mensaje de Fátima no ha concluido, sigue teniendo vigencia y yo me atrevería a afirmar más, después de cien años resulta más necesario seguirlo.

Acto de consagración al Inmaculado Corazón de María

Realizada por su S.S. Pío XII en los aciagos días de la segunda guerra mundial. A ella siguió la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón, en 1952, publicada en la carta apostólica «Sacro Vergente Anno».



OH Reina del Santísimo Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del género humano, vencedora de todas las batallas de Dios! Ante vuestro trono nos postramos suplicantes, seguros de impetrar misericordia y de alcanzar gracia y oportuno auxilio y defensa en las presentes calamidades, no por nuestros méritos, de los que no presumimos, sino únicamente por la inmensa bondad de vuestro maternal Corazón.

En esta hora trágica de la historia humana, a Vos, a vuestro Inmaculado Corazón, nos entregamos y nos consagramos, no sólo en unión con la Santa Iglesia, Cuerpo místico de vuestro Hijo Jesús, que sufre y sangra en tantas partes y de tantos modos atribulada, sino también con todo el mundo lacerado por atroces discordias,

abrasado en un incendio de odio, víctima de sus propias iniquidades.

Que os conmuevan tantas ruinas materiales y morales, tantos dolores, tantas angustias de padres y madres, de esposos, de hermanos, de niños inocentes; tantas vidas cortadas en flor, tantos cuerpos despedazados en la horrenda carnicería, tantas almas torturadas y agonizantes, tantas en peligro de perderse eternamente.

Vos, oh Madre de misericordia, impetradnos de Dios la paz; y, ante todo, las gracias que pueden convertir en un momento los humanos corazones, las gracias que preparan, concilian y aseguran la paz. Reina de la paz, rogad por nosotros y dad al mundo en guerra la paz por que suspiran los pueblos, la paz en la verdad, en la justicia, en la caridad de Cristo. Dadle la paz de las armas y la paz de las almas, para que en la tranquilidad del orden se dilate el Reino de Dios.

Conceded vuestra protección a los infieles y a cuantos yacen aún en las sombras de la muerte; concededles la paz y haced que brille para ellos el sol de la verdad y puedan repetir con nosotros ante el único Salvador del mundo: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Obtened paz y libertad completa para la Iglesia Santa de Dios; contened el dilu-

vio inundante del neopaganismo, fomentad en los fieles el amor a la pureza, la práctica de la vida cristiana y del celo apostólico, a fin de que aumente en méritos y en número el pueblo de los que sirven a Dios.

Dad la paz a los pueblos separados por el error o la discordia, especialmente a aquellos que os profesan singular devoción y en los cuales no había casa donde no se hallase honrada vuestra venerada imagen (hoy quizá oculta y retirada para mejores tiempos), y haced que retornen al único redil de Cristo bajo el único verdadero Pastor.

Finalmente, así como fueron consagrados al Corazón de vuestro Hijo Jesús la Iglesia y todo el género humano, para que, puestas en Él todas las esperanzas, fuese para ellos señal y prenda de victoria y de salvación; de igual manera, oh Madre nuestra y Reina del Mundo, también nos consagramos para siempre a Vos, a vuestro Inmaculado Corazón, para que vuestro amor y patrocinio aceleren el triunfo del Reino de Dios, y todas las gentes, pacificadas entre sí y con Dios, os proclamen bienaventurada y entonen con Vos, de un extremo a otro de la tierra, el eterno magnificat de gloria, de amor, de reconocimiento al Corazón de Jesús, en sólo el cual pueden hallar la verdad, la vida y la paz.

Consagración de Rusia al Corazón Inmaculado de María

Nos, por tanto, para que Nuestras oraciones y las vuestras sean escuchadas más fácilmente y para daros una prueba especial de Nuestra particular benevolencia, lo mismo que hace pocos años consagramos todo el mundo al Corazón Inmaculado de la Virgen Madre de Dios, así ahora, de manera especialísima, consagramos todos los pueblos de Rusia al mismo Corazón Inmaculado, en la firme confianza de que con el poderosísimo patrocinio de la Virgen María se realizarán cuanto antes los votos que Nos, vosotros, y todos los buenos formulan por una verdadera paz, por una concordia fraternal y por la debida libertad para todos y en primer lugar para la Iglesia; de forma que, mediante la oración que Nos elevamos junto con vosotros y con todos los cristianos, el Reino salvador de Cristo, que es el Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz triunfe y se consolide establemente en todas las partes de la tierra. (carta apostólica «*Sacro Vergente Anno*». Consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María, 7 de julio de 1952.)

Monseñor Juan José Omella, cardenal de la Iglesia

Entre los cinco nuevos cardenales creados por Su Santidad el papa Francisco se halla el arzobispo de Barcelona, Juan José Omella (1946). Desde estas páginas expresamos al nuevo purpurado la más cordial felicitación y le deseamos una fecunda labor en bien de la Iglesia de Barcelona y de la Iglesia universal.

San Maximiliano M^a Kolbe y el mensaje de Fátima

ÁLVARO SÁNCHEZ-MOLA

EL padre Kolbe no llegó a conocer el mensaje de Fátima, a pesar de aparecerse la Virgen durante la vida del santo. Sin embargo, aquello que Dios inspiró a san Maximiliano María Kolbe a ser propagador de la devoción a la Inmaculada y a su consagración como remedio a los males del mundo es también el contenido nuclear del mensaje de Fátima.

El padre Villepelée explica así el desconocimiento de los hechos de Fátima por el padre Kolbe, pues de otro modo los hubiera mencionado: «Francia misma conoció Fátima sólo pocos años antes de la guerra de 1939, gracias al libro del canónigo Barthas «

«Il Était Trois Petits Enfants». Y fue en el corazón mismo de la guerra (30 de octubre de 1942) cuando el papa Pío XII, al consagrar el mundo entero al Corazón Inmaculado de María, secundando la petición de la Virgen a Lucía, otorgó a estas apariciones una resonancia mundial. No olvidemos que el padre Kolbe murió el año anterior».

La promesa de la Virgen en Fátima y la Milicia de la Inmaculada

LA Virgen de Fátima, en su última aparición, apenada por la descristianización de la sociedad y para evitar inminentes males, pedía la conversión y la consagración a su Corazón Inmaculado, diciendo a Lucía que «Jesús quiere es-

tablecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien le abrace prometo la salvación y serán queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí para adornar su Trono. (...) Nunca te

dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios». También dijo en otra aparición que «Al final, mi Inmaculado Corazón triunfará».

Estas palabras de la Virgen debieron ser dulcemente escuchadas por San Maximiliano, ferviente apóstol de la Inmaculada, que fundó la Milicia de la Inmaculada el 16 de octubre de 1917, tres días después de la última aparición de Nuestra Señora en Fátima, para «que yo participe así en la mayor difusión del dulce reinado del Sagrado Corazón de Jesús, pues allá donde tú entras, tú obtienes la gracia de conversión y de santificación, pues es a través de tus manos

como el Santísimo Corazón de Jesús prodiga sus gracias».

La idea de fundar una milicia al servicio de la Inmaculada le vino a Maximiliano Kolbe cuando, volviendo un día de la universidad, topó con una manifestación de masones que conmemoraba la muerte de Giordano Bruno, recorriendo las calles de Roma y enarbolando un estandarte en el que se veía a san Miguel vencido por Lucifer. Una inscripción explicaba: «Satanás debe reinar desde el Vaticano. El Papa debe servirle». El padre Kolbe lo cuenta: «Cuando los masones comenzaron a agitarse cada vez más descaradamente y a airear la negra bandera



en la que Lucifer hacía alarde de sí... y a distribuir manifiestos y escritos, con invectivas contra el Santo Padre, surgió la idea de fundar una asociación, con la mira de combatir a los masones y a otros posibles gregarios de Satanás».

Pocos meses antes de su martirio, en 1941, había escrito: «La masonería intenta dominar la Iglesia, no con la inteligencia, sino por la corrupción».

Uno de los presentes en el acto fundacional de la Milicia, el padre Pignalberi, cuenta el fuego que consumía a Kolbe cuando les hablaba en 1917: «Fray Maximiliano, a principios de 1917, me confió sus propósitos y sus planes. ¿Será posible que nuestros enemigos se esmeren tanto para conseguir dominar, y que nosotros permanezcamos ociosos, y como mucho sólo recemos pero sin empeñarnos en actuar? ¿No tenemos, tal vez, armas más poderosas, como son la protección del Cielo y de la Virgen Inmaculada? La sin mancha, vencedora y triunfadora de todas las herejías, no cederá terreno al enemigo que levanta la cabeza, si encuentra a sus fieles, dóciles a sus órdenes, y reportará nuevas victorias, mayores que las que nosotros podemos imaginar. Ciertamente que la Virgen no tiene necesidad de nosotros, pero se digna servirse de nosotros para darnos el mérito, y para conseguir una maravillosa victoria con gente pobre y con medios como son las armas espirituales, que el mundo ridiculiza y desprecia».

Se llamará «Milicia de la Inmaculada», una milicia espiritual, a las órdenes de la «Inmaculada» para combatir y contraatacar con la oración y todos los recursos del apostolado a los masones y a todos los enemigos de Dios y de la Iglesia (...), con una consagración total e incondicional a la Inmaculada —como «cosa y propiedad» suya—, a la santificación personal y también y sobre todo para la expansión en el mundo de la perfecta devoción mariana, en las más variadas empresas del apostolado católico. Tal fue la idea de la «Milicia de la Inmaculada» como espiritualidad y como actuación mariana por el más rápido advenimiento del Reino de Dios al mundo, a los individuos y a la sociedad entera».

Así, Kolbe fue inspirado a fundar una asociación pía de fieles que se llamara «La Milicia de la Inmaculada», con el propósito de promover el amor y el servicio a la Inmaculada, la conversión de las almas a Cristo.

«La Milicia de la Inmaculada es todo el ideal de mi vida», hablaba de ella y exaltaba su misión, quería contagiar su entusiasmo a todos. Poco a poco iba

creciendo la Milicia, eran muchos los que habían sentido una llamada interior de renovación cristiana, a la luz de la Inmaculada, y se consagraron como esclavos de ella, como ella lo había sido del Señor.

Amen a la Inmaculada

PARA el santo, la Inmaculada Concepción no es sólo un dogma o una certeza teológica, sino una persona viva que nos ama a cada uno de nosotros, y que para conocerla hay que recostarse filialmente en su Corazón. En su revista *El Caballero de la Inmaculada*, que llegó a ser la de mayor tirada en Polonia, inserta una oración a María Inmaculada, que algunos han comparado con la oración abrasada del Santo de Montfort.

En esta oración, adora a la Santísima Trinidad por haber hecho noble a la Inmaculada de un modo tan divino. «Concédeme alabarte, oh Virgen santísima», decía el Santo, «Concédeme alabarte con mi entrega y sacrificio personal».

Kolbe también decía que «como ella es de Jesús, de Dios, así toda alma, a través de ella y en ella, llegará a ser de Jesús, de Dios, de una manera mucho más perfecta que sin ella. Entonces las almas

La idea de fundar una milicia al servicio de la Inmaculada le vino a Maximiliano Kolbe cuando volviendo un día de la universidad, topó con una manifestación de masones que conmemoraba la muerte de Giordano Bruno.

amarán al Sagrado Corazón de Jesús como jamás hasta aquel momento le habían amado, puesto que se sumergirán como ella en los misterios del amor: la Cruz y la Eucaristía. El amor de Dios inflamará, a través de ella, el mundo, lo abrasará y sobrevenirá la asunción de las almas mediante el amor. El objetivo de todo hombre es el de pertenecer a Dios a través de Jesús, Mediador del Padre, y el de pertenecer a Jesús a través de la Inmaculada, Mediadora de todas las gracias».

«Conquistar para la Inmaculada un alma tras otra, un puesto avanzado tras otro, enarbolando su estandarte por toda la tierra; además estar alerta para que nadie jamás intente quitar esos estandartes. Entonces se desplomará toda clase de socialismo, de comunismo, las herejías, el ateísmo, las masonerías y cualquier otras estupideces semejantes provenientes del pecado».

Consagración total a la Inmaculada

EL día de la fundación de la Milicia de la Inmaculada, vigilia de la fiesta de santa Margarita María, san Maximiliano incluyó como condición necesaria para formar parte de ella «la consagración total de sí mismo a la Inmaculada como instrumento en sus manos inmaculadas».

Él mismo redactó el acto de consagración y lo distribuyó. Los reunidos aceptaron la propuesta del hermano Kolbe: «Tenemos que ganar el mundo entero y cada alma, ahora y en el futuro, hasta el final de los tiempos, para la Inmaculada, y a través de Ella para el Sagrado Corazón de Jesús», y prometieron que cada día se lo ofrecerían todo a ella para que por sus medios se acelerase la venida del Reino del Corazón de Jesús sobre el mundo.

Kolbe era ferviente discípulo de san Luis María de Montfort, con quien compartía la espiritualidad mariana y el ser perfecto esclavo de María. Decía Maximiliano que «todos los que han amado a la Inmaculada han deseado pertenecerle a ella y lo han expresado con diversas fórmulas. Ser siervo de ella, ser hijo de ella, ser esclavo de ella y otras similares, son los ideales que han iluminado sus vidas (...). El alma que forma parte de la Milicia cesa de preocuparse excesivamente aun de la propia eternidad. Reconoce que todo lo que no depende de su propia voluntad viene de las manos de Dios a través de la Inmaculada».

Decía a la Virgen: «Dispón de mí mismo, si quieres, sin reserva alguna, para realizar lo que se ha dicho de ti: ella te aplastará la cabeza y tú sola has destruido todas las herejías en el mundo entero, a fin de que en tus manos inmaculadas y misericordiosas me convierta en un instrumento útil para injertar e incrementar lo más fuertemente posible tu gloria en tantas almas extraviadas e indiferentes, y para extender, de este modo, lo más posible el Reino bendito del sacratísimo Corazón de Jesús».

La medalla de la Milagrosa

SE hallaba el hermano Maximiliano en la capilla del Colegio Franciscano de Roma, donde estudiaba. En la meditación de la mañana, se expuso la aparición de María Inmaculada a Catalina Labouré y cómo es la gran señal en el cielo del Apocalipsis vestida de sol y coronada de doce estrellas. También se explicó cómo aquel día se cumplía el 75 aniversario del milagro de la aparición de la Inmaculada a Alfonso de Ratisbona y su inmediata conversión con sólo mirarle. Kolbe, maravillado por la potencia de María en el orden de la gracia, vio claro el camino y decidió que la medalla milagrosa sería el distintivo de la Milicia.

San Maximiliano consideraba la medalla milagrosa la munición de la Milicia de la Inmaculada y el signo exterior de la consagración total a la Inmaculada, y decía que «en la era de la Inmaculada Concepción, la Santísima Virgen ha entregado a la humanidad la medalla milagrosa, la cual, por medio de innumerables curaciones y sobre todo de conversiones milagrosas, confirma su procedencia celestial. Al manifestarla, la Inmaculada misma prometió muchísimas gracias a todos aquellos que la llevaran».

«El Caballero de la Inmaculada»

EN 1919, fruto de su anhelo por «llevar a la Inmaculada a las casas, para que las almas, acercándose a María, reciban la gracia de la conversión», Maximiliano comienza la redacción de un boletín que propague y difunda el amor de la Inmaculada, para el advenimiento del reinado de María. Así nace *El Caballero de la Inmaculada*, una publicación que debía llevar el conocimiento de la Inmaculada entre las clases más humildes, y que llegó a alcanzar cada mes con 750.000 copias que se distribuían por toda Polonia.

La Milicia de la Inmaculada necesitaba servidores, pero debían ser consagrados y no obreros a sueldo. La obra de María no podía ser una simple empresa comercial, sino una consagración. «No olviden, muchachos, que no se trata de ganar suscriptores, sino de salvar almas» decía el santo bajo el lema «¡Nada para sí, todo para la Inmaculada!»

En un momento en que la adquisición de una nueva máquina facilitó en gran medida la publicación de la revista, el santo declaró que «el fin de esta publicación es el de atraer y conquistar para el reino de la Inmaculada a todo el mundo, las almas de hoy y las de mañana, y nunca el maldito dinero. Se ha llegado a decir: ahora que tenemos la máquina podemos confiar un poco en los ingresos que proporciona esta máquina. En tal caso el medio se hace fin, y el fin, medio: mientras se razone así, no se piensa en un desarrollo posterior. Las almas van a la ruina. Escribo esto para que tú comprendas qué ocurrirá si perdemos de vista nuestro fin».

La Ciudad de la Inmaculada

MAXIMILIANO, después de fundar la Milicia de la Inmaculada e iniciar la publicación del boletín de *El Caballero*, consiguió unos terrenos cerca de Varsovia donde decidió fundar, en 1927, su ciudad mariana, «Niepokalanow» o Ciudad de la Inmaculada. Este es un convento franciscano católico que llegó a albergar a ochocientas personas,

siendo el monasterio más grande de la época. Para Kolbe, «en Niepokalanow, María lo es todo: el corazón y la meta; es el ideal y la fuerza. Por ella se trabaja, se vive, se sufre, como por ella se muere. ¡Todo a la mayor gloria de la Inmaculada!».

El convento sirvió como seminario de los franciscanos conventuales, centro de evangelización y actividades caritativas e imprenta. En palabras de san Maximiliano, «la finalidad de Niepokalanow no es la tipografía ni la realización de otras obras: éstos son medios. La finalidad es el amor a la Virgen Inmaculada. Apartarse de este amor es separarse del fin de Niepokalanow».

La sencilla fórmula de la santidad

EN un diálogo que mantuvo el padre Kolbe con los jóvenes, les decía que tenían que ser santos y que eso no era pedir mucho pues «la santidad no es un lujo, sino un deber y un compromiso de familia. Dios lo quiere: ¡Sed santos, porque yo soy santo!».

Para explicarlo, les escribió la fórmula de la santidad: $v=V=S$. «Es apenas una ecuación, la *v* minúscula es nuestra voluntad, la *V* mayúscula es la voluntad de Dios. Cuando estas voluntades chocan, es el dolor, el sufrimiento. Cuando estas dos voluntades se identifican, cuando nuestra voluntad se identifica con la de Dios, es la santidad, la paz del corazón. ¡Qué sencillo es! ¿Verdad?».

También, recordando la consigna de san Ignacio, enseñaba que «No sólo *ad maiorem Dei gloriam*, sino *ad maximam Dei gloriam*» (No sólo para mayor gloria de Dios sino para la máxima gloria de Dios).

Respecto a la oración, el santo contaba que «a

veces, quizá, quisiéramos que la oración terminase de prisa, porque estamos muy cargados de trabajo. Pero olvidamos que la oración es nuestra más importante acción. Una breve jaculatoria, mientras se trabaja, es la mejor oración y es muy práctica, porque nos une constantemente y de un modo cada vez más estrecho a la Inmaculada como un instrumento en la mano de la Maestra».

Testimonio de san Maximiliano

KOLBE murió en Auschwitz, después de ofrecerse voluntario para sustituir a uno de los condenados a muerte. Después de este acto heroico, el papa Juan Pablo II declaró, en la homilía de canonización, que Kolbe era un hombre a quien le fue concedido cumplir de manera rigurosamente literal esas palabras del Redentor: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos».

La inspiración de toda su vida fue la Inmaculada, a la que confiaba su amor por Cristo y su deseo del martirio. Kolbe, a quien de pequeño se le apareció la Virgen mostrándole dos coronas: una blanca indicando que perseveraría en la pureza y una roja mostrando que sería mártir, decidió aceptar ambas y cumplir con amor en sus últimos momentos lo que la Virgen quería para él.

El papa Pablo VI decía que Kolbe «ve a María como la reina del reino mesiánico. Es imposible separar su actividad y su misión a la de María Inmaculada. Este humilde y dulce franciscano desarrolló la iniciativa e hizo de la devoción a la Madre de Cristo, contemplada en su vestidura solar, el punto focal de su espiritualidad, de su apostolado y de su teología».

Al Corazón de Jesús por el Corazón de María

No separemos pues, lo que Dios unió. Vayamos al Corazón de Jesús por el Corazón de María. Todo lo obtendremos de Jesús si media el Corazón de María. Mientras dirigimos la oración penitente al divino Corazón, qué cosa más natural que espontáneamente se nos venga al pensamiento el Corazón de la Madre de Jesús, que «olvidado de sí, suspira por el Corazón del Hijo, con el ímpetu ardiente del amor» (Oficio parvo del Sagrado Corazón de Jesús. Himno de Completas).

Dirección General del Apostolado de la Oración 1950



ORACIÓN DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Capilla de las Apariciones

El Santo Padre:

Salve Reina,
Bienaventurada Virgen de Fátima,
Señora del Corazón Inmaculado,
refugio y camino que conduce a Dios.
Peregrino de la luz que procede de tus manos,
doy gracias a Dios Padre que, siempre y en todo lugar,
interviene en la historia del hombre;
peregrino de la paz que tú anuncias en este lugar,
alabo a Cristo, nuestra paz, y le imploro para el mundo
la concordia entre
todos los pueblos;
peregrino de la esperanza que el Espíritu anima,
vengo como profeta y mensajero para lavar los pies a todos, en
torno a la misma mesa que nos une.

Estribillo cantado por la asamblea

*Ave o clemens, ave o pia!
Salve Regina Rosarii Fatimæ.
Ave o clemens, ave o pia!
Ave o dulcis Virgo Maria.*

El Santo Padre:

¡Salve, Madre de Misericordia,
Señora de la blanca túnica!
En este lugar, desde el que hace cien años
manifestaste a todo el mundo los designios de la
misericordia de nuestro Dios,
miro tu túnica de luz
y, como obispo vestido de blanco,
tengo presente a todos aquellos que,
vestidos con la blancura bautismal,
quieren vivir en Dios
y recitan los misterios de Cristo para obtener la paz.

Estribillo...

El Santo Padre:

¡Salve, vida y dulzura,
salve, esperanza nuestra,
Oh Virgen peregrina, oh Reina U
Desde lo más profundo de tu ser,
desde tu Inmaculado Corazón,
mira los gozos del ser humano
cuando peregrina hacia la Patria
Desde lo más profundo de tu ser,
desde tu Inmaculado Corazón,
mira los dolores de la familia hu
que gime y llora en este valle de
Desde lo más íntimo de tu ser,
desde tu Inmaculado Corazón,
adórnanos con el fulgor de las j
y haznos peregrinos como tú fu
Con tu sonrisa virginal,
acrecienta la alegría de la Iglesi
Con tu mirada de dulzura,
fortalece la esperanza de los hij
Con tus manos orantes que elev
une a todos en una única familia

Estribillo ...

El Santo Padre:

¡Oh clemente, oh piadosa,
Oh dulce Virgen María,
Reina del Rosario de Fátima!
Haz que sigamos el ejemplo de
Francisco y Jacinta,
y de todos los que se entregan al
Recorreremos, así, todas las ruta
seremos peregrinos de todos los
derribaremos todos los muros
y superaremos todas las frontera
yendo a todas las periferias,
para revelar allí la justicia y la p
de Dios.

FRANCISCO A LA VIRGEN DE FÁTIMA

s, Fátima, 12 de mayo de 2017



Universal!

r,

a Celeste.

r,

humana

e lágrimas.

oyas de tu corona

iste peregrina.

a de Cristo.

os de Dios.

as al Señor,

a humana.

los beatos

l anuncio del Evangelio.

s,

caminos,

s,

az

Seremos, con la alegría del Evangelio,
la Iglesia vestida de blanco,
de un candor blanqueado en la sangre del Cordero
derramada también hoy en todas las guerras
que destruyen el mundo en que vivimos.
Y así seremos, como tú, imagen de la columna refulgente
que ilumina los caminos del mundo,
manifestando a todos que Dios existe,
que Dios está,
que Dios habita en medio de su pueblo,
ayer, hoy y por toda la eternidad.

Estríbillo...

El Santo Padre junto con todos los fieles:

¡Salve, Madre del Señor,
Virgen María, Reina del Rosario de Fátima!
Bendita entre todas las mujeres,
eres la imagen de la Iglesia vestida de luz pascual,
eres el orgullo de nuestro pueblo,
eres el triunfo frente a los ataques del mal.

Profecía del amor misericordioso del Padre,
Maestra del anuncio de la Buena Noticia del Hijo,
signo del fuego ardiente del Espíritu Santo, enséñanos,
en este valle de alegrías y de dolores,
las verdades eternas que el Padre revela a los pequeños.

Muéstranos la fuerza de tu manto protector.
En tu Corazón Inmaculado, sé el refugio de los pecadores
y el camino que conduce a Dios.

Unido a mis hermanos,
en la fe, la esperanza y el amor,
me entrego a ti.
Unido a mis hermanos, por ti, me consagro a Dios,
Oh Virgen del Rosario de Fátima.

Y cuando al final me veré envuelto por la luz
que nos viene de tus manos, daré gloria al Señor
por los siglos de los siglos. *Amén.*

«Y apareció en el Cielo otra señal: un enorme Dragón» (Ap 12, 3).



ESTAS palabras de la primera lectura de la Misa nos hace pensar en la gran lucha que se traba entre el bien y el mal, pudiéndose constatar cómo el hombre, poniendo a Dios de lado, no consigue llegar a la felicidad, antes termina por destruirse a sí mismo.

¡Cuántas víctimas a lo largo del último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de la primera y segunda guerra mundial y de otras más en tantas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los gulags, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los raptos de personas, la droga, los atentados contra los niños no nacidos y la familia.

El mensaje de Fátima es un llamamiento a la conversión, alertando a la humanidad para no caer en el juego del «dragón» que, con su «cola, arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las lanzó sobre la tierra» (Ap 12, 4). La meta última del hombre es el Cielo, su verdadera casa donde el Padre celeste, en su amor misericordioso, por todos espera.

Dios no quiere que nadie se pierda, por eso hace dos mil años mandó a la tierra a su hijo a «buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). Y Él nos ha salvado con su muerte en la cruz; ¡que nadie torne vana esa cruz! Jesús murió y resucitó para ser «el primogénito de muchos hermanos» (Rom 8, 29).

En su solicitud materna, la Santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres «no ofender más a Dios nuestro Señor, que ya está muy ofendido». Es el dolor de la Madre que la hace hablar; está en juego la suerte de sus hijos. Por eso, decía a los pastorcillos: «Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, que muchas almas van al infierno por no haber quién se sacrifique y pida por ellas».

Homilía de san JUAN PABLO II durante la beatificación de los pastorcillos
Jacinta y Francisco. Fátima, 13 de mayo, del 2000

La Inmaculada, vencedora de la serpiente

Reproducimos algún fragmento del artículo del insigne mariólogo, padre Francisco de Paula SOLÁ, S.I., que tantas veces colaboró en nuestra revista, con el que se presentaba su número de 1 de diciembre de 1944 recordando la esperanza sobrenatural que los últimos Papas habían puesto en la mediación de la Inmaculada Virgen y en la misericordia de su Corazón maternal como único remedio ante de las crecientes dificultades de nuestros tiempos.

No hay duda de que esta mujer de que nos habla el Apocalipsis en este lugar (Ap 12) es la misma de que se hace mención en el Génesis, puesto que se trata de la lucha con la «serpiente antigua», que no es otra que la tentadora del paraíso. Sin embargo, si se quiere aplicar este pasaje a la Iglesia, no hará sino confirmar nuestro aserto, pues entonces la «Mujer-Iglesia» será la descendencia de la «Mujer-María» que aplasta de continuo la cabeza del dragón que está, continuamente también, acechando contra su calcañar.

Nosotros echamos también ahora una mirada sobre la tierra y nos espanta la catástrofe universal que estamos presenciando. No son solamente los ejércitos que por tierra, mar y aire siembran la desolación por todas partes con sus armas mortíferas y hasta el presente jamás imaginadas, sino que los ejércitos infernales van también diseminando la más espantosa inmoralidad, tanto en el campo de las costumbres como en el de las ideas. Y la lucha del mal contra el bien cada vez adquiere mayores proporciones, pudiéndose prever una batalla gigantesca que pueda ser decisiva. Y ahora más que nunca, ante el espectro de tanta calamidad y los quejidos de tanta miseria, nos parece que la mujer del Apocalipsis se enfrenta contra el dragón, la antigua serpiente y cumple el vaticinio de San Juan: «y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a los ejércitos de ellos reunidos para dar la batalla... Y fue asida la bestia y con ella el falso profeta, el que hizo los portentos delante de ella con los cuales sedujo a los que recibieron la señal impresa de la bestia y a los que adoraban la imagen de ella: vivos fueron lanzados los dos al estanque del fuego encendido con azufre» (Ap 19, 19-20). De la Inmaculada Virgen hemos de esperar la regeneración de la sociedad tan viciada. Sólo ella, que forma causa común con Jesucristo, puede derrocar a los enemigos de la Iglesia; sólo ella puede restaurar sobre la tierra el reino del bien; y sólo ella puede hacer que se celebre el día —aquel día que alborozado parecía presagiar Pío XI al instituir la festividad de Cristo Rey— en que, sujetados los poderes infernales y sometidos al dominio de Cristo todos los enemigos, reine Cristo Jesús plenamente, desplegando sobre todos aquel magnífico programa de su reinado: «*regnum veritatis et vitae, regnum sanctitatis et gratiae, regnum iustitiae, amoris et pacis*». Entonces habrá terminado la lucha; la Mujer y su Descendencia habrán conseguido la victoria final y en unión con María Inmaculada cantaremos el canto eterno de la victoria. Y entretanto exclamaremos suplicantes y con ansia: «*Veni, Domine Jesu*»; pero escucharemos también la respuesta alentadora: «*Etiam, venio cito*», «sí, vengo pronto» (Ap 22, 20).

San Antonio M^a Claret y Fátima

VALENTÍN CONEJERO, C.M.F.

El padre Claret fue el apóstol fervoroso, el propagador ardiente del Inmaculado Corazón de María. Esta fue su arma de combate preferida, el centro de sus predicaciones, el eje en torno al cual hacía girar las más altas esperanzas de conversión del mundo lanzado ya, en su tiempo, por la pendiente naturalista que le había de conducir a la postración moral inmensa de nuestros días. Sus campañas por todos los rincones de Cataluña primero, y luego por otras regiones españolas y la archidiócesis de Cuba tenían el sello mariano marcado con carácter indeleble.

El Rosario, su instrumento de apostolado predilecto, fue difundido y ensalzado en todas sus largas correrías de misionero, perseguidor de almas, inquieto siempre por el bienestar social fundado en el amor a Dios a través del amor a su Madre. El padre Claret tuvo esta visión de los males futuros. Y de cómo la humanidad estaba necesitada de un Corazón en que centrar sus afectos y abocar sus esperanzas. El mensaje de Fátima fue una solemne confirmación de este sobrenatural remedio y de esta esperanza también sobrenatural. Este artículo fue publicado en el número de mayo de 1950 dedicado al santo tras su canonización por Pío XII.

FÁTIMA se abre a nuestras pupilas como la gran revelación del siglo xx. En el caos de un mundo agonizante por la asfixia materialista irrumpe la luz esplendorosa del cielo, del espíritu, de esa porción que trasciende lo rastro de la materia.

El Corazón de María quiere reivindicar los valores de espiritualidad encarnados en el misterio de nuestra vida.

«Mi pueblo es el Cielo», dice la Señora a Lucía. Y añade: «¿Queréis ofrecer al Señor, dispuestos a sacrificaros, y aceptar con gusto todas las penas que Él quiera enviaros, en reparación de tantos pecados con los que se ofende a la Divina Majestad, para alcanzar la conversión de los pecadores, y en reparación de las blasfemias y de todas las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María?» Una encomienda: «Rezad todos los días el Rosario con devoción para obtener la paz del mundo» Ha transcurrido un mes. Los afortunados videntes esperan ansiosos junto a la encina de las apariciones. Quedan envueltos en un atmósfera divina. Se ilumina el primer secreto: «Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado...»

Creemos ociosos los comentarios. Penitencia, Rosario y Corazón de María son el resumen y compendio de las manifestaciones de Fátima. Oración penitente del Rosario, para desagrar al Corazón de María de los ultrajes que le infieren los pecadores.

Figura profética

EL mensaje de Fátima es objeto de una singular profecía, Transcurre el siglo xix lleno de revolución y librepensamiento.

Dios está de más en el entendimiento y corazón de españoles renegados. La religión de sus mayores es causa del atraso de la industria, del comercio y de la hacienda. Por esto les halagan las doctrinas exóticas, importadas particularmente de Francia. Baja el nivel moral del pueblo. La propaganda antirreligiosa, avasalladora. El poder real, desprestigiado.

Es el marco histórico de nuestro héroe. Hemos recalcado las sombras para que aparezca más esplendente su talle de profeta y apóstol.

A) Profeta de la penitencia

Esbochemos únicamente el hecho contentándonos con ideas generales. No queremos multiplicar citas que nos harían fastidiosos.

Se ha denominado al padre Claret el Apóstol del siglo xix. Este solo apelativo demuestra hasta la saciedad el papel principalísimo que en el siglo de la revolución y de la decadencia religiosa en España jugaba el padre Claret. Misionero apostólico primero, su actividad queda circunscrita al Principado catalán. Incansable en sus predicaciones, hace sus viajes a pie y no lleva dinero ni provisión, confiado en el Señor que cuida a las aves del cielo y viste los lirios del campo. Vive de limosna y no acepta nada en pago

del sagrado ministerio. Es un renuevo auténtico de los apóstoles de Cristo. No hay púlpito de Cataluña que no se haya estremecido al oír la voz apocalíptica del predicador de la penitencia. Sus temas de predicación son las verdades eternas y los deberes del cristiano. El soplo de la palabra divina remueve las cenizas que encubren la fe y el entusiasmo religioso del pueblo español.

Arzobispo de la metrópoli cubana, recorre incansable varias veces su extensa y difícil diócesis, como en los tiempos de sus correrías apostólicas por tierras catalanas. Esta actividad misionera es la traducción del lema que reza en su escudo pastoral: «*Charitas Christi urget nos*». La caridad de Cristo nos apremia. Éste es el resorte de aquel gran apóstol, que, incansable, en sus fatigosas misiones predica penitencia como otro Juan.

B) El Domingo de los tiempos modernos

Así se ha llamado también a Claret. No es piadosa exageración. Lo mismo que Domingo de Guzmán en sus campañas contra la herejía albigense, Claret esgrime el arma poderosa del Rosario para hacer frente a las herejías modernas del materialismo y comunismo. Así lo dice él explícitamente en sus apuntes íntimos.

Sus palabras, parecen una traducción del mensaje de Fátima. Huelgan comentarios. A esta fecha se refiere sin duda lo que nuestro Santo escuchó de los labios mismos de la Santísima Virgen: «En la devoción al Santo Rosario está basada la salvación de España».

¿Qué motivos pudo tener Claret para propagar la devoción del Rosario? Muchos. Se pueden catalogar, por su modalidad, en ordinarios y extraordinarios.

a) Extraordinarios.

Apariciones y locuciones de la misma celestial Señora. Dice Claret en sus apuntes íntimos de 1858: «El día 3 (octubre), a las cuatro de la madrugada, me dijo (la Virgen) lo que ya me tenía dicho antes, que yo había de ser el Domingo de estos tiempos en la propagación del Rosario, y luego escribí el librito del Rosario.»

Cuatro años más tarde, a las 6:45 de la tarde del 6 de diciembre, refiere Claret en sus manuscritos: «La Santísima Virgen me dijo que yo había de propagar

la devoción del Santísimo Rosario, como lo hizo el venerable Alano de Rupe.»

Estos y otros testimonios que podríamos aducir son el índice más elocuente de su actividad apostólica en la propagación del Rosario.

b) Ordinarios.

A estos motivos de carácter preternatural juntábanse otros de orden natural, redundancia en su espíritu de las enseñanzas recibidas por divina revelación.

Así lo consigna él en diversas ocasiones en sus escritos. El Santo Rosario, dice, «es la devoción más grata a Dios y a la Santísima Virgen, a la par que la más provechosa a todos los hombres, después de la Santa Misa». Es «la devoción a María por excelencia; la más santa, más grande y agradable». «Es el medio más poderoso, fácil y suave para disipar ignorancias, quitar errores y herejías». «Un eficaz remedio para socorrer las necesidades del mundo y conceder (Dios) las gracias que los mortales necesitan para salvarse.»

Porque mediante «la devoción del Santísimo Rosario se ha hallado remedio en las necesidades públicas de guerras, pestes, hambres y otras calamidades.»

Estas son las convicciones profundas de Claret. El Rosario era en su espíritu el remedio de las calamidades públicas y privadas, religiosas, sociales e individuales y el medio más apto de perfección y santificación personal.

C) Obra apostólica de propaganda.

Múltiples fueron los medios de que echó mano el Apóstol del Rosario. En la imposibilidad de hacer un recuento exacto de todos, nos parece apta la clasificación siguiente:

El ejemplo, la palabra, la pluma, la difusión y reparto de objetos religiosos, y las asociaciones.

1) *Apostolado del ejemplo.* Los ejemplos arrastran. Esta verdad psicológica no podía pasar desapercibida al talento observador característico de Claret. El ejemplo es el arma que esgrime para inculcar la mortificación corporal, según afirma en la *Autobiografía*, y del ejemplo también se sirve para propagar la devoción al Rosario.

Quien tan altamente sentía de tal devoción debía traducirlo en realidades y más pesando sobre sus hombros la responsabilidad del Apóstol. Sentía verdadera satisfacción en dirigir por sí mismo el rezo del Santo Rosario, y exhortaba a los sacerdotes a



que también lo recitasen ellos en público, como se observa en su opúsculo «*Arte de misionar en las aldeas*». Su vida es un ejemplo continuo de devoción al santísimo Rosario.

2) *Apostolado de la palabra*. Su celo ardiente encontraba en este sabroso lema la fuente inagotable de su predicación. No daba misión en la que no incluyera una exhortación al rezo del Santo Rosario. «Después de 1840, en que dio principio a sus misiones, hasta 1850, en que fue consagrado arzobispo, y aun podemos decir hasta su muerte, su especial empeño para conservar el copiosísimo fruto que reportaban los pueblos de sus apostólicas predicaciones era recomendarles con mucha eficacia el rezo del Santo Rosario». Y en el destierro, poco antes de su muerte, proponía: «Lo que más inculcaré, *oportune et importune*, será enseñar y exhortar a rezar bien el Santo Rosario ... En la calle y donde se me presente ocasión, la materia será de religión, de los sacramentos, del santísimo Rosario, etc».

3) *Apostolado de la pluma*. No fue menos eficaz y extenso. No hay reglamento de vida en el que no inserte como ejercicio cotidiano el rezo del Santo Rosario. Así en las Constituciones de Misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María, Avisos a un sacerdote que acaba de hacer los Ejercicios, Ejercicios de San Ignacio, Manojito de Flores, Reglamento de la Academia de San Miguel, Reglamento de los Capellanes de El Escorial, etc...

4) *Apostolado de la propaganda* Mas sus escritos no quedaban en los rincones de los talleres de impresión. Juntamente con sus opúsculos repartía el santo, gratis, innumerables objetos piadosos: Rosarios, medallas, estampas.

Misionero por tierras catalanas, tenía sistematizada la propaganda de libros, hojas sueltas, etc. Ponía interés especial en propagar, junto con *El camino recto*, llamado por Claret «Breviario del pueblo», el opúsculo *Misterios del Rosario*, y deseaba que llegara a todos los hogares de los pueblos por él misionados.

5) *Apostolado de la asociación*. Conocía el Apóstol del Rosario la volubilidad e inconstancia del corazón humano. Quiso por esto apuntalar los entusiasmos del momento en el firme sostén de las asociaciones y cofradías del Rosario, que más tarde identifica y refunde con la Cofradía del Inmaculado Corazón de María.

Y, finalmente, hora es ya de desgranar unas ideas sobre el apostolado cordimariano de Claret. No intentamos dar una síntesis de su cordimariología. Sólo haremos resaltar sucintamente el aspecto que hace a nuestro caso: la conversión de los pecadores, función de la devoción al Corazón de María y al Santísimo Rosario, devociones que, íntimamente trabadas en la mente de Claret, constituyen el arma más eficaz de su apostolado.

Apóstol del Corazón de María

Es proverbial el amor de Claret al Corazón de María. Una frase de su autobiografía resume las ternuras de Claret con la Madre de Dios. «María Santísima —dice— es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús.»

Estas convicciones no podían menos de cristalizar en obras de apostolado cordimariano. Efectivamente, en su *Carta a un devoto del Purísimo e Inmaculado Corazón de María* da una síntesis de sus convicciones sobre el Corazón de la Madre de Dios y nuestra. «Acabo de recibir vuestra estimadísima carta con que me pedís os diga alguna cosa para crecer cada día más y más en la devoción al Inmaculado Corazón de María. Querido amigo, no podíais pedir cosa más de mi gusto. Yo quisiera que todos los cristianos tuvieran hambre y sed de esta devoción. Amad, amigo mío, amad y amad muchísimo a María». Expone después los motivos impulsivos de nuestro amor por el Corazón de María: «a) Dios lo quiere; b) Ella lo merece; c) es un medio poderosísimo para alcanzar la salvación.» «María —dice en el último apartado— es la que obtiene la gracia justificante a los pecadores... Por esto los Santos Padres la llaman ... el canal de la gracia y la dispensadora de las misericordias. Por esto se ha dicho que el ser devoto de María es una señal de predestinación, así como es una marca de reprobación el no ser devoto o adverso de María». Da la razón profundamente teológica de sus afirmaciones y concluye: «Por tanto, amigo mío, después de Jesús hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra salvación en ella. ¡Oh, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados, por muchos y por grandes que sean!» Y cita las palabras de san Epifanio para corroborar su aserto: «*Unica peccatorum advocata; portus tuiissimus, naufragantium omnium salus*». Así sentía Claret del Corazón de María, y esta convicción es la clave para explicar su apostolado.

Conclusión

CON profundidad teológica hermana Claret la devoción al Corazón de María y al Rosario; y estas devociones son el arma más eficaz de su apostolado en la obra de la conversión de las almas. La conclusión que de este desgrane esquemático de ideas aflora es evidente. Recordemos el mensaje de Fátima : penitencia, Rosario, Corazón de María.

Repasemos la obra apostólica de Claret: penitencia, Rosario, Corazón de María.

Fátima: profecía esencial para nuestro tiempo. Aportaciones de san Juan Pablo II

DR. JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA
SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA

AL cumplirse los cien años de los acontecimientos de Fátima queremos acudir a uno de los pontífices que más se han involucrado en la recepción y difusión del mensaje que no dudamos en calificar como «profecía esencial» para nuestro tiempo. San Juan Pablo II, cuyo lema pontificio tiene una clara resonancia de devoción y entrega a la Virgen María, vio la mano providente y maternal de María en el atentado que sufrió un trece de mayo. Poco después de recuperarse, el santo pontífice quiso leer el texto del mensaje que se custodiaba en los archivos de la Congregación para la Doctrina de la Fe y, como sabemos, pensó inmediatamente en la gestión de la consagración pedida por la Virgen.

Juan Pablo II hizo tres viajes apostólicos a Fátima. Por su contenido doctrinal queremos resaltar el primero de ellos, y concretamente su magisterio expresado en la homilía del 13 de mayo de 1982. La enseñanza allí expuesta continúa teniendo una gran actualidad para una correcta hermenéutica de Fátima y su mensaje.

La presencia de la Virgen en tiempos convulsos

JUAN Pablo II constataba que la maternidad que, por designio divino, se confirió a María, su maternidad espiritual para con todos los hombres y particularmente para los bautizados, se manifiesta de modo particular en los lugares donde ella se encuentra con sus hijos, las casas donde ella habita y se siente una especial presencia de la Virgen. Lugares particularmente privilegiados «donde los hombres sienten particularmente viva la presencia de la Madre» son los santuarios marianos, como Fátima y otros queridos explícitamente por la Virgen. Éste es un fenómeno muy importante en la renovación de la Iglesia. Lourdes, Fátima y otros muchos santuarios de toda la geografía mundial son como un imán poderoso que, por la mediación materna de María, atraen a millones de personas a Dios y las sustraen del mal y del pecado. Por esto, un servicio

inestimable de Juan Pablo II al mensaje de la Virgen en Fátima ha sido su reiterada presencia en este importante santuario. El cardenal Schonborn, en unas inspiradas reflexiones que hacía algunos años atrás constataba que los santuarios marianos del mundo son como el último puerto de salvación para la Iglesia. Juan Pablo II, peregrinando a Fátima, enseñaba con su ejemplo que estos lugares irradian luz, atraen a gente de todas partes y en ellos se realiza de manera admirable aquel singular testamento del Señor crucificado por el que «el hombre se siente entregado y confiado a María y allí acude para estar con ella como la propia Madre».

En Fátima se expresa de modo intenso la maternidad espiritual de María. Según san Juan Pablo II, «maternidad expresa solicitud hacia la vida del hijo» y por esta solicitud, «María abraza a todos con una solicitud particular en el Espíritu Santo». Es muy importante esta observación del Papa. En la economía de la salvación, es decir, en la realización histórica y concreta como Dios lleva adelante su designio de salvación, María tiene un lugar en la misión del Espíritu Santo acontecida en Pentecostés. En este sentido, Juan Pablo II formuló una magistral aportación mariológica en Fátima: «La maternidad espiritual de María es una participación del poder del Espíritu Santo, de aquel que da la vida».

Así pues, María, en sus intervenciones, sean ordinarias o extraordinarias, siempre se hace presente para nuestra salvación, para nuestra vida en el sentido más pleno. Así lo expresa Juan Pablo II: «La solicitud de la Madre del Salvador es la solicitud para la obra de la salvación, la obra de su Hijo. Es solicitud para la salvación, para la eterna salvación de todos los hombres». Y observaba que no es difícil constatar que este amor salvífico de la Madre abraza con su rayo de manera particular «nuestro siglo».

Otro principio hermenéutico fundamental de Fátima es expresado magistralmente así por san Juan Pablo II: «A la luz del amor materno comprendemos todo el mensaje de la Señora de Fátima. Aquello que más directamente se opone al camino del hombre hacia Dios es el pecado, el perseverar en el

pecado y, finalmente, la negación de Dios». No es casualidad que la intervención salvífica de María el año 1917 acontezca precisamente en unos momentos oscuros de la humanidad cuando por primera vez el pensamiento humano ha formulado un ateísmo teórico que trata de implantar en unos proyectos de construcción del mundo sin Dios y, hay que decirlo, en contra de Dios. Proyectos que sólo generarán y generan desolación y ruina. A esta realidad se refiere Juan Pablo II al decir: «La programada eliminación de Dios del mundo del pensamiento humano. El apartar de Él toda la actividad terrena

La Virgen en Fátima viene una vez más en nuestra ayuda contra la serpiente infernal y su ilusorio proyecto de «ser como dioses».

del hombre. El rechazo de Dios por parte del hombre». Ya Pío XII había señalado como mal supremo la pérdida del sentido de Dios y del pecado.

La Virgen en Fátima viene una vez más en nuestra ayuda contra la serpiente infernal y su ilusorio proyecto de «ser como dioses». Juan Pablo II, recordó solemnemente en este primer viaje a Fátima que «en realidad la eterna salvación del hombre sólo se da en Dios y que el rechazo de Dios por parte del hombre, si deviene definitivo, guía lógicamente al rechazo del hombre por parte de Dios, a la eterna condenación».

¿Cómo no va a intervenir la Madre ante un panorama tan peligroso y pavoroso para los hijos que le han sido confiados? El Papa lo formulaba así: «¿Puede la Madre, que, con toda la potencia de su amor que nutre en el Espíritu Santo, desea la salvación de todo hombre, callar ante aquello que amenaza las bases mismas de esta salvación? ¡Claro que no puede!». Como tampoco la Iglesia puede callar con una falsa misericordia ante el mal y el pecado que amenazan la ruina de sus hijos. La incompreensión hacia estas manifestaciones de María, como Fátima, por parte de los fieles resulta incomprensible en una lógica de fe, pues estas intervenciones expresan la solicitud salvífica de Dios y se realiza en la mediación de María.

La intervención extraordinaria de Fátima responde a una situación de grave peligro para la humanidad, del peligro mayor que siempre consiste en la muerte espiritual y en la frustración definitiva de nuestro destino eterno. Por esto, recuerda Juan Pablo II, el mensaje de la Señora de Fátima, tan materno, al mismo tiempo es fuerte y decidido, casi pareciendo severo. Este mensaje, continuaba exponiendo Juan Pablo II en aquella homilía del primer

viaje, se dirige a todos los hombres, pues el amor de la Madre del Salvador alcanza hasta donde llega la obra de la salvación. En el espacio y en el tiempo, y por esto el mensaje de Fátima es actual, profecía para nuestro tiempo. Añade el santo pontífice que objeto de la premura materna son todos los hombres de nuestra época, y al mismo tiempo, las sociedades, las naciones y los pueblos. Las naciones amenazadas por la apostasía y por la degradación moral, precisaba el santo pontífice con palabras que, casi cuatro decenios después de ser pronunciadas, evidencian su alcance profético. Y Juan Pablo

II aseveraba: «El hundimiento de la moralidad conlleva el hundimiento de la sociedad». Deberíamos prestar también atención a unas palabras que san Juan Pablo II utilizó el año 1991 en una fórmula de consagración realizada en su

segundo viaje a Fátima: «Muestra que eres Madre. Sí, continúa mostrándote Madre para todos, porque el mundo te necesita. Las nuevas situaciones de los pueblos y de la Iglesia son todavía precarias e inestables. Existe el peligro de sustituir el marxismo con otra forma de ateísmo que, adulando la libertad tiende a destruir las raíces de la moral humana y cristiana...». Hoy nosotros pondríamos nombres muy concretos a este nuevo ateísmo que ya no es un peligro sino una realidad y que está arruinado nuestras sociedades.

El verdadero remedio a los males del mundo

Ycuál es el verdadero remedio? La Virgen propone la consagración a su Corazón Inmaculado. La última parte de la histórica homilía de Juan Pablo II en Fátima el día 13 de mayo de 1982 nos ayudará a comprender el verdadero significado de esta importante petición de María en Fátima.

Para san Juan Pablo II, consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarse, mediante la intercesión de la Madre, a la misma «Fuente de la Vida». ¿Cómo no darse cuenta de la similitud de esta expresión de Juan Pablo II con otra que hemos vivido hace muy poco? Me refiero obviamente al hilo conductor del Año Santo de la Misericordia y expresada así: «Corazón de Jesús, fuente de Misericordia». Para Juan Pablo II, esta fuente brotó en el Gólgota y de manera ininterrumpida brota con la redención y con la gracia. En ella se realiza ininterrumpidamente la reparación por los pecados del mundo y de manera incesante es fuente de vida nueva y de santidad.

Hace algunos años, en un opúsculo breve pero profundo, un buen mariólogo español, el padre Joaquín María Alonso, explicaba que la consagración es un acto de la virtud de la religión perfectísimo, por el que se entrega a Dios, por medio de la Virgen, la persona humana con todo lo que es y tiene. Añadiríamos en perspectiva cristocéntrica que sólo existe una consagración perfectísima y que es la que Cristo hizo de sí mismo al Padre por todos nosotros. A ésta consagración nosotros, por medio de María, estamos llamados a incorporarnos de la manera más perfecta posible. San Juan Pablo II lo explicitó claramente en una de las fórmulas de consagración que formuló acogiendo el pedido de Fátima. Dijo: «He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo Yo por ellos me consagro, para que ellos sean consagrados en la verdad... Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación». Ésta es la fuente de toda consagración por parte nuestra. En la misma fórmula de consagración, san Juan Pablo II advertía que «el poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo». Cristo puede hacer, el único, esta consagración en representación de toda la humanidad, pues Él es por derecho propio cabeza de la humanidad, Adán definitivo. Y unida indisolublemente a Cristo, María, nueva Eva, asociada a la Redención a título del todo singular.



Juan Pablo II pone el Rosario en manos de Nuestra Señora de Fátima. (Fátima, 1982)

En esta perspectiva, entendemos mejor la enseñanza de Juan Pablo II en la homilía de su primer viaje a Fátima. El santo pontífice insiste en que consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de María significa retornar al pie de la cruz del Hijo, quiere decir consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, situarlo de nuevo en la fuente misma de su Redención. Juan Pablo II recuerda una vez más que «la Redención es siempre mayor que el pecado del hombre y el pecado del mundo y que el poder de la Redención supera siempre y de manera infinita toda la gama del mal que hay en el hombre y en el mundo». La consagración al Corazón Inmaculado de María, instrumento del Espíritu Santo, podemos decir, nos conduce perfectamente a la acción salvífica de Cristo y por ella al Padre.

María, explica san Juan Pablo II, nos llama no sólo a la conversión necesaria para acoger la Redención, sino que nos llama a dejarnos ayudar por ella, Madre, para retornar a la fuente de la Redención. Así, consagrarse a María significa dejarse ayudar por ella para ofrecernos nosotros mismos y la humanidad a aquel que es santo, infinitamente santo. Y dejarse ayudar por ella, recurriendo a su Corazón de Madre, abierto al pie de la cruz al amor hacia todo hombre y hacia todo el mundo, para ofrecer el mundo, el hombre, la humanidad y todas las naciones a aquel que es infinitamente santo y cuya santidad se ha manifestado en la Redención realizada por el sacrificio de la Cruz. Y Juan Pablo II vuelve al texto de Jn 17, 19 donde Cristo mismo nos da la clave de comprensión: «Por ellos yo me consagro a mí mismo». De esta forma, concluye Juan Pablo II, es imposible no ver que el contenido de la llamada de la Señora de Fátima no esté enraizado de la forma más profunda en el Evangelio y en toda la Tradición, y, por esto, la Iglesia se siente comprometida con este mensaje.

San Juan Pablo II recuerda que se presentaba a Fátima movido por una urgencia trepidante, se presentaba ante la Virgen releendo con inquietud la llamada materna a la penitencia y a la conversión porque «ve cuántos hombres y cuántas sociedades, cuántos cristianos, han recorrido un camino en dirección opuesta a la indicada por el mensaje de Fátima». Y constataba que «el pecado ha ganado un fuerte derecho de ciudadanía en el mundo y que la negación de Dios se ha difundido ampliamente en las ideologías, en las representaciones del mundo y en los programas de los hombres». Por esto recordaba que la llamada evangélica a la penitencia y a la conversión hecha por la Virgen es siempre actual, y en aquel momento, sesenta y cinco años después de 1917, era todavía más urgente. ¿No lo será todavía más ahora cuando se cumple los 100 años?

Finalizamos con una consideración muy importante de san Juan Pablo II. Se refiere a la actualidad constante de Fátima, a lo que nosotros hemos llamado «profecía esencial». El Papa, al final de esta histórica homilía que hemos glosado, nos decía que «la

La llamada evangélica a la penitencia y a la conversión hecha por la Virgen es siempre actual, y en aquel momento, sesenta y cinco años después de 1917, era todavía más urgente. ¿No lo será todavía más ahora cuando se cumplen los cien años?

llamada de María no es puntual, sólo para una ocasión. Está siempre dirigida a las nuevas generaciones, según los siempre nuevos signos de los tiempos. Se debe por esto volver incesantemente a esta llamada y acogerla siempre de nuevo». Y en esta perspectiva, hay que renovar una y otra vez la espiritualidad de la

consagración y la práctica diligente de los pedidos de la Señora de Fátima. San Juan Pablo II prestó un inestimable servicio al mensaje de Fátima acudiendo al Santuario, difundiendo el mensaje en su totalidad, realizando la consagración pedida y promoviendo los medios para la constante

vivencia del llamamiento de Fátima. Al final de su pontificado nos dejó, en esta perspectiva, tres perlas preciosas: la carta apostólica sobre el Rosario, la encíclica sobre la Eucaristía y la carta en forma de motu proprio, *Misericordia Dei*, sobre la Penitencia. Tres caminos imprescindibles para transitar el camino que Dios, en Fátima, y por medio de la Virgen, nos ha dado para acoger su Salvación.

Benedicto XVI, el 13 de mayo de 2010, nos recordaba que «se equivoca quien piensa que la misión profética de Fátima está acabada».

Significado de la consagración al Inmaculado Corazón de María

La Madre de Cristo nos llama y nos invita a unirnos a la Iglesia del Dios vivo en esta consagración al mundo, en esta consagración mediante la cual el mundo, la humanidad, las naciones y todos los hombres son ofrecidos al Eterno Padre con el poder de la Redención de Cristo. Ellos son ofrecidos en el Corazón del Redentor atravesado en la cruz. La Madre del Redentor nos llama, nos invita y nos ayuda a unirnos a esta consagración, a esta custodia del mundo. Será así, en efecto, que nos encontraremos lo más cercanos posible al Corazón de Cristo traspasado en la cruz.

SAN JUAN PABLO II, *Homilía en Fátima*, 13 de mayo de 1982

«Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará». Aparición del 13 de julio

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

LUCÍA se hallaba tan angustiada por lo que le decía la gente que el 12 de julio fue a decirles a sus primos que no pensaba acudir al día siguiente a Cova da Iria.

Advirtió a Jacinta: «Si la Señora te pregunta por mí, dile que no voy porque tengo miedo que sea el demonio». Jacinta le replicó: «No es el demonio, pues dicen que es muy feo y está debajo de la tierra en el infierno; y aquella Señora ¡es tan bonita! y nosotros la vimos subir al Cielo». Lucía se mantuvo en sus trece, y sus contrariados primos afirmaron: «Pues nosotros sí vamos, porque aquella Señora nos mandó ir».

Cuenta Lucía que al día siguiente, de repente, se sintió impulsada por una extraña fuerza a marchar a Cova da Iria. «Pasé por casa de mis primos y los encontré en el cuarto de Jacinta llorando, y les pregunté: «¿No vais? Me respondieron: «Sin ti no nos atrevemos, anda, ven». Les respondí: «Voy para allá», y muy contentos partieron conmigo.

Aquel mediodía del 13 de julio se hallaban congregadas unas cuatro mil personas en el entorno de Cova da Iria, esperando la anunciada aparición de Nuestra Señora. Sigue refiriendo Lucía que «momentos después de haber llegado, estando rezando el rosario, vimos una vez más el rayo de luz, y un momento más tarde apareció la Virgen sobre la encina.

»—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunté.

»—Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene, y continuéis rezando el rosario todos los días en honra a Nuestra Señora del Rosario, con el fin de obtener la paz del mundo y el final de la guerra, porque sólo Ella puede conseguirlo.

»Dije entonces: —Quisiera pedirle nos dijera quién es, y que haga un milagro para que todos crean que usted se nos aparece.

»Respondió: —Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quién soy y lo que quiero, y haré un milagro que todos han de ver para que crean.

»Recuerdo que Nuestra Señora dijo que era preciso rezar el rosario para alcanzar las gracias durante el año. Y añadió: —Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio: “¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!”

Nuestra Señora indica el medio dispuesto por Dios para llevar a las almas al Cielo: «Establecer en el mundo la devoción a su Inmaculado Corazón».

Lucía prosigue su relato exponiendo lo que aquel día les reveló Nuestra Señora; una parte como «secreto»: «Esto no lo digáis a nadie; a Francisco sí podéis decírselo», y escribe: «El secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos. La primera, la visión del infierno» donde van las

almas de los pobres pecadores, y que para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María:

«Abrió de nuevo las manos como los meses anteriores. El reflejo parecía penetrar en la tierra, y vimos como un mar de fuego y sumergidos en este fuego los demonios y las almas como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, de forma humana, que fluctuaban en el incendio llevadas por las llamas



que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todo los lados, semejante a la caída de pavesas en grandes incendios, pero sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debía ser a la vista de eso que di un “¡ay!” que dicen haber oído.)

Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros tizones en brasa.

Asustados y como pidiendo socorro levantamos la vista a Nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza: –Habéis visto el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. Lucía escribe: Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor».

Nuestra Señora prosiguió: «La guerra terminará pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre, de la persecución de la Iglesia y del Santo Padre.

»Para impedir esto –la segunda guerra mundial y sus consecuencias, de las que Nuestra Señora ha hablado justamente antes– vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados».

«Si atendieran mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia: los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas.» «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal el dogma de la fe se conservará siempre, etc.» (Aquí comienza la tercera parte del secreto, escrita por Lucía entre el 22 de diciembre de 1943 y el 9 de enero de 1944, y publicado el 26 de junio del año 2000.)

Luego, Nuestra Señora enseñó a los niños a que rezasen esta oración: «Cuando recéis el rosario, decid después de cada misterio: “Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del Infierno, lleva todas las almas al Cielo, especialmente las más necesitada”». Oración que parece más entrañable en la lengua portuguesa en que la oyeron los niños: –*Ó meu Jesus, perdoai-nos, livrai-nos de fogo do inferno; levai as alminhas todas*

para o Céu, principalmente aquelas que mais precisarem.»

»Siguió un instante de silencio, y después le pregunté:

»–¿No quiere usted nada más de mí?

»–No, no quiero nada más por hoy.

Y como de costumbre comenzó a elevarse en dirección a Oriente hasta que desapareció en la inmensidad del firmamento».

Aquel 13 de julio Nuestra Señora enseñó a los niños dos oraciones en que les invitaba a sacrificarse por la conversión de los pecadores. Además de la oración anterior Nuestra Señora les pidió que dijeran muchas veces, en especial cuando hicieran un sacrificio: «¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!».

La «noche alumbrada por una luz desconocida» fue la del 25 al 26 de enero de 1938 en que desde las nueve de la noche a las dos de la mañana el cielo se iluminó por un extraño resplandor rojizo, visible en casi toda Europa y Norteamérica. Al día siguiente todos los periódicos hablaban de ello, y lo atribuían a una desconocida especie de aurora boreal.

«Rusia esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia»

CUANDO en julio de 1917 Nuestra Señora transmitía este mensaje y advertía de las consecuencias de ser desoído, hacía cuatro meses que el Zar de Rusia había abdicado; gobernaba el masón Kerénsky mediante un gobierno provisional moderado, y las tropas rusas estaban perdiendo terreno en la primera guerra mundial contra alemanes y austriacos, pero Rusia no era todavía un régimen comunista y ateo con proyección mundial. Un par de meses después de la aparición, el 26 de septiembre, triunfaba la Revolución bolchevique y Lenin era presidente de lo que iba a ser la Unión Soviética, que «esparciría sus errores por el mundo», y un tercio de la superficie terrestre iba a ser dominada por regímenes comunistas que encarnarían en su tiempo el misterio de iniquidad, persiguiendo a la Iglesia, teniendo por objetivo erradicar del mundo la fe cristiana.

Pero, como escribía el venerable obispo de Leiria, cardenal Manuel Gonçalves Cerejeira, desoyendo voces catastrofistas: «El mensaje de Nuestra Señora en Fátima es la manifestación del Corazón Inmaculado de María al mundo para salvarlo». Es el esperanzador anuncio de la gran victoria final: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz».

Segunda parte del secreto: petición de la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón y de la comunión reparadora de los primeros sábados

EN esta tercera aparición del 13 de julio de 1917 Nuestra Señora anuncia que vendrá a pedir dos cosas: la consagración de Rusia a su Corazón Inmaculado, y la devoción de los primeros sábados de mes como medio providencial para asegurar la salvación de muchas almas y devolver la paz al mundo.

Cumplirá el primer anuncio doce años después, el 13 de junio de 1929, estando la novicia Lucía rezando sola ante el sagrario en la capilla del convento de las Doroteas de Tuy.

En su aparición la Virgen le dice: «Ha llegado el momento en que Dios pide que el Papa, en unión con todos los obispos del mundo, haga la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado; prometiendo salvarla por ese medio. Son tan numerosas las almas que la justicia de Dios condena por los pecados cometidos contra mí, que vengo a pedir desagravio. Sacrificate por esta intención y reza».

La consagración de Rusia al Corazón Inmaculado de María y su consecuente conversión tendrían como finalidad instaurar en toda la Iglesia esta devoción al lado de la del Sagrado Corazón de Jesús.

Un año más tarde, en carta fechada el 29 de mayo de 1930 Lucía confía a su confesor padre Gonçalves: «Dios promete poner fin a la persecución en Rusia, si el Santo Padre se digna hacer, y ordena a los obispos del mundo católico que hagan igualmente, un acto solemne y público de reparación y de consagración de Rusia a los Santísimos Corazones de Jesús y de María, prometiendo su Santidad, mediante el fin de esta persecución, aprobar y recomendar la práctica de la devoción reparadora».

En carta de 18 de mayo de 1936 Lucía da razón de esta consagración: «Le preguntaba (a Jesús) por qué no convertía a Rusia sin que Su Santidad hiciera esta consagración, y me respondió: «Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esta consagración como un triunfo del Corazón Inmaculado de María, para a continuación extender su culto, y colocar, al lado de la devoción a mi divino Corazón, la devoción a este Corazón Inmaculado». «Para impedir esto la segunda guerra mundial vendré a pedir ... la comunión reparadora de los primeros sábados»

La promesa de venir a pedir la comunión reparadora de los primeros sábados la cumplió Nuestra Señora

el 10 de diciembre de 1925 al aparecerse a la postulante Lucía en la casa de las religiosas Doroteas de Pontevedra con el Niño Jesús mostrándole un corazón que tenía en la mano rodeado de espinas y diciéndole:

«Ten compasión del Corazón de tu Madre Santísima, que está cubierto de espinas que continuamente le clavan los hombres ingratos; sin tener quien haga un acto de reparación para arrancárselas». Inmediatamente le dijo la Virgen: «Mira, hija mía, mi Corazón cerca de espinas que me clavan los hombres ingratos con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme. Y di que todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado, se confesaren, recibieran la comunión, rezaren el Rosario y me hicieran quince minutos de compañía meditando en los quince misterios del Rosario, con la intención de desagraviarme, que yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para su salvación».

«Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará»

EL triunfo del Corazón Inmaculado de María está predicho en el protoevangelio del Génesis en que se profetiza que la cabeza de la serpiente será aplastada por la Mujer y por su Hijo y en el Apocalipsis en que anuncia que el dragón rojo será vencido por la Mujer revestida de sol, con la luna bajo sus pies y coronada de estrellas.

Para apresurar este triunfo, aurora de la venida del Reino de su Hijo Jesús a nuestro mundo, debemos cumplir las instrucciones de Nuestra Señora: ser fieles a nuestra oración del rosario, renovar a menudo nuestra consagración al Corazón Inmaculado de María, confesarnos al menos una vez al mes, y recibir lo más frecuentemente posible a Jesús Eucaristía, pues «la renovación de la Iglesia y del mundo llegará con el triunfo de la cohorte de almas pequeñas que se habrán consagrado al Corazón Inmaculado de María».

Jesús dijo a san Pablo: «Mi poder se despliega en la debilidad», conscientes de nuestra pequeñez e impotencia, pidamos a nuestros mártires de las anteriores persecuciones que nos den su paz de corazón, su serenidad y su fortaleza, pues es su sangre la que nos ha de llevar al triunfo, como nos revela la última frase del texto del publicado tercer secreto de Fátima: «Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».



María en los últimos tiempos

La salvación del mundo comenzó por medio de María y por medio de ella debe consumarse... En la segunda venida de Jesucristo, María tiene que ser conocida y puesta de manifiesto por el Espíritu Santo, a fin de que por ella Jesucristo sea conocido, amado y servido.

Dios quiere, pues, revelar y manifestar a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos.

a. Porque ella se ocultó en este mundo y se colocó más baja que el polvo por su profunda humildad, habiendo alcanzado de Dios, de los apóstoles y evangelistas que no la dieran a conocer;

b. Porque ella es la obra maestra de las manos de Dios, tanto en el orden de la gracia como en el de la gloria y Él quiere ser glorificado y alabado en la tierra por los hombres;

c. Porque ella es la aurora que precede y anuncia al Sol de Justicia, Jesucristo, y por lo mismo, debe ser conocida y manifestada, si queremos que Jesucristo lo sea;

d. Porque ella es el camino por donde vino Jesucristo a nosotros la primera vez y lo será también cuando venga la segunda, aunque de modo diferente;

e. Porque ella es el medio seguro y el camino directo e inmaculado para ir a Jesucristo y hallarlo perfectamente. Por ella deben resplandecer en santidad. Quien halla a María, halla la vida, es decir, a Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Ahora bien, no se puede hallar a María sino se la busca, ni buscarla si no se la conoce, pues no se busca ni se desea lo que no se conoce. Es, por tanto, necesario que María sea mejor conocida que nunca, para mayor conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad;

f. Porque María debe resplandecer más que nunca en los últimos tiempos en misericordia, poder y gracia:

· En misericordia, para recoger y acoger amorosamente a los pobres pecadores y a los extraviados que se convertirán y volverán a la Iglesia católica;

· En poder, contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos endurecidos que se rebelarán terriblemente para seducir y hacer caer, con promesas y amenazas, a cuantos se les opongan;

· En gracia, finalmente, para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo, que combatirán por los intereses del Señor;

g. Por último, porque María debe ser terrible al diablo y a sus secuaces «como un ejército en orden de batalla» sobre todo en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo y menos que nunca para perder a las gentes, redoblará cada día sus esfuerzos y ataques. De hecho, suscitará en breve crueles persecuciones y tenderá terribles emboscadas a los fieles servidores y verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta vencer mucho más que a los demás.

San Luis María GRIGNION DE MONTFORT,
Tratado de la verdadera devoción, n°49-50

El triunfo de la Virgen prepara el triunfo de Jesucristo, y la plena revelación de sus misericordias

En el pontificado de Benedicto XV, el papa que con motivo de la guerra que assolaba entonces a Europa proclamó a María Reina de la Paz, la Santísima Virgen se aparecía en Fátima presentándose como la Señora del Rosario y pidiendo al mundo que se consagrara a su Inmaculado Corazón.

¡Cuán admirable resulta pensar que de este modo, por voluntad de la misma Reina celestial, el acto de consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, paralelo al acto más grandioso del papa de las encíclicas marianas, empezase por la dulce invocación que el propio León XIII añadió a las letanías lauretanas: Reina del Santísimo Rosario! Conviene, ciertamente, considerar la maternal intervención de María en nuestros tiempos: he aquí lo que escribía el padre Enrique Ramière en «Las esperanzas de la Iglesia»

La definición dogmática de la Inmaculada Concepción y las fiestas magníficas que le han acompañado en el universo entero han sido, pues, a la vez, de parte de la Iglesia, una solemne condenación de los errores modernos, y de parte de la sociedad misma una solemne retractación de estos mismos errores. Pero la Iglesia no termina ahí. Recordándonos indirectamente que somos culpables y caídos, nos proporciona el medio de levantarnos de nuestra caída y de lavarnos de nuestras manchas; nos muestra el corazón de esta Madre Inmaculada como una fuente de pureza presta a brotar sobre el mundo. Ella nos advierte que sería tan insensato disimular nuestras miserias como sería contrario a nuestros intereses rehusar el apoyo que el Cielo nos ofrece para salir de ellas. Nos hace ver, en el triunfo de la Virgen, la fácil realización de cuantos nobles intereses y aspiraciones legítimas podamos tener.

Por lo demás, la divina omnipotencia junta su imponente voz a los maternales estímulos de la Iglesia; sus palabras son los milagros y, entre éstos, los más adecuados al misterio que el Cielo desea glorificar; los milagros de conversiones. ¿En qué época llegaron a multiplicarse como en nuestros días? y es siempre en nombre de la Inmaculada Virgen que se operan. ¡Cuántos han mudado de vida por las plegarias de la Archicofradía del Santísimo e Inmaculado Corazón de María! ¿No cabría decir que los manantiales de la misericordia divina están abiertos y que la Virgen, que dirige las olas según su voluntad, se complace en regar y hacer florecer de nuevo las tierras más estériles?

Sí, ciertamente, el misterio de la pureza sin mancha de la Madre del género humano es un misterio de salvación para sus hijos impuros. Obligándoles a reconocer su triste estado, les muestra el camino para salir de él, y la definición solemne de tal misterio, al completar el triunfo de la Virgen y la manifestación de sus privilegios, prepara el pleno triunfo de Jesucristo y la plena revelación de sus misericordias.

Enrique RAMIÈRE, *Las esperanzas de la Iglesia.*



En defensa de la familia

Satanás quiere destruir la familia

El cardenal Carlo Caffarra, arzobispo emérito de Bolonia y fundador del Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, habló con Marco Ferraresi de La Nuova Busola Quotidiana sobre diversos temas. Entre otras revelaciones, el purpurado italiano habla de la carta que la Hermana Lucía, vidente de Fátima, le envió en respuesta a una suya en la que pedía oraciones por el Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios del Matrimonio y la Familia que en aquellos momentos se estaba proyectando. A continuación reproducimos algunos fragmentos de la entrevista. Roma (31 de mayo de 2016, Gaudium Press).



-¿Por qué hay esta crisis de identidad de la familia en Occidente?

-Me lo pregunto a menudo, pero no tengo una respuesta exhaustiva. Sin embargo, una con causa es un proceso de «desbiologización» según el cual ya no se considera que el cuerpo tiene un lenguaje –y, por consiguiente, un significado– objetivo. Este significado está, por lo tanto, determinado por la libertad de la persona. En la conciencia occidental se ha fracturado el vínculo entre *bios* y *logos*.

-En una perspectiva de fe, ¿no hay también causas sobrenaturales?

-En 1981 estaba fundando, por voluntad de Juan Pablo II, el Instituto para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia. La fundación estaba prevista para el 13 de mayo, fecha de la primera aparición de la Virgen de Fátima. El Papa, ese día, fue víctima del atentado del que salió milagrosamente vivo por gracia –según palabras del propio Pontífice– de la Virgen. Unos años después de fundar el Instituto escribí a Sor Lucía, la vidente de Fátima, para pedirle que rezara por la obra y añadiendo que no esperaba una respuesta por su parte. Pero la respuesta llegó.

-¿Qué le respondió?

-Sor Lucía escribió –y quiero subrayar que estamos hablando de principios de los años ochenta– que llegaría el tiempo de una «lucha final» entre el Señor y Satanás. Y que el terreno de esta lucha sería el matrimonio y la familia. Añadía que todos los que estarían involucrados combatiendo en favor

-Eminencia, ¿qué es la familia?

-Es la sociedad que tiene origen en el matrimonio, pacto indisoluble entre un hombre y una mujer, que tiene la finalidad de unir a los cónyuges y transmitir la vida humana.

-De una unión civil, según la ley Cirinnà, ¿nace una familia? (Ndr. La ley Cirinnà, promulgada recientemente en Italia, reconoce uniones de hecho sin distinción de sexo)

-No. El presidente de la República Sergio Mattarella, al firmar esta ley, ha apoyado la redefinición de matrimonio. Pero una medida normativa no cambia la realidad de las cosas. Hay que decirlo claramente: los alcaldes (sobre todo, naturalmente, los católicos) deben hacer objeción de conciencia. Al celebrar una unión civil serían, de hecho, corresponsables de un acto ilícito grave en el plano moral.

del matrimonio y la familia serían perseguidos, pero que no debían tener miedo porque la Virgen ya había aplastado la cabeza de la serpiente infernal.

-Palabras proféticas: ¿es lo que está sucediendo?

-Vivimos una situación inédita. Nunca había sucedido que se redefiniera el matrimonio. Es Satanás, que desafía a Dios, como diciendo: «¿Lo ves? Tú propones tu creación. Pero yo te demuestro que constituyo una creación alternativa. Y verás que los hombres dirán: estamos mejor así». Todo el arco de la creación se sostiene, según la Escritura, en dos pilares: el matrimonio y el trabajo humano. Este segundo pilar no es ahora nuestro tema, aunque está siendo sometido a una «crisis definitoria»; en lo que concierne al matrimonio, en cambio, éste ha sido institucionalmente destruido.

-La Iglesia, ¿puede responder a este desafío?

-Tiene que responder, por razones que llamaría estructurales. La Iglesia se interesa por el matrimonio porque el Señor lo ha elevado a sacramento. Cristo mismo une a los esposos. Cuidado, no es una metáfora: según las palabras de san Pablo, en el matrimonio el vínculo entre los esposos se injerta en el vínculo sponsal entre Cristo y la Iglesia, y viceversa. La indisolubilidad no es ante todo una cuestión moral («los esposos no deben separarse»), sino ontológica: el sacramento obra una transformación en los cónyuges. De modo que, como dice la

Escritura, ya no son dos, sino uno. Esto está expresado claramente en la *Amoris laetitia* (párrafos 71-75). El sacramento, además, infunde en los esposos la caridad conyugal. Y de esto hablan claramente los capítulos IV y V de la Exhortación. Además, el sacramento constituye a los esposos en un estado de vida pública en la Iglesia y en la sociedad. Como cualquier estado de vida en la Iglesia, también el estado conyugal tiene una misión: el don de la vida, que continúa en la educación de los hijos. Aquí el capítulo VII de la *Amoris laetitia* colma, en mi opinión, una laguna que había en el debate de los obispos durante el Sínodo.

-En la práctica, ¿qué debería hacer la Iglesia?

-Sólo una cosa: comunicar el Evangelio del matrimonio. He dicho «comunicar» porque no se trata sólo de un acontecimiento lingüístico. La comunicación del Evangelio significa sanar al hombre y a la mujer de su incapacidad de amarse, e introducirles en el gran misterio de Cristo y la Iglesia. Esta comunicación tiene lugar a través del Anuncio y de la catequesis. Y a través de los sacramentos. Ha habido personas que después de una catequesis sobre el sacramento del matrimonio se han acercado para decirme: «¿Por qué nadie me ha hablado de estas maravillosas realidades?» Los jóvenes deben ser, principalmente, el centro de nuestra preocupación. La cuestión educativa en esta materia es «la» cuestión decisiva. El Papa habla de ello extensamente en los párrafos 205-211.

La familia que reza unida, permanece unida

Además de oración por la paz, el Rosario es también, desde siempre, una oración de la familia y por la familia. Antes esta oración era apreciada particularmente por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su comunión. Conviene no descuidar esta preciosa herencia.

Se ha de volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria. La familia que reza unida, permanece unida. El santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia.

Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* del papa Juan Pablo II al episcopado, al clero y a los fieles sobre el santo Rosario



Un pueblo llamado Fátima

GERARDO MANRESA

QUE la Virgen eligiera Fátima, un lugar desconocido y anónimo, para manifestarse a tres pastorcillos, pobres y sencillos, el 13 de mayo de 1917, llamó la atención de las personas interesadas en encontrar alguna explicación a esta especial intervención divina. El caso de Fátima tiene especial importancia, porque desde hace muchos años se observa un gran interés del pueblo musulmán por este lugar, que lleva el mismo nombre que la hija predilecta del profeta Mahoma. Siempre el pueblo musulmán ha tenido un especial trato o devoción por Maryam, madre del «profeta» Jesús, y no es de extrañar que durante la visita del papa Francisco de este mes de mayo, muchos musulmanes hayan ido a venerar, no sólo a Maryam, sino también a un lugar que el pueblo musulmán reclama como propio, por razones históricas.

El reino de Portugal

ALFONSO Henríquez, el Conquistador, era hijo de Enrique de Borgoña y de doña Teresa, hija del rey de Castilla, Alfonso VI, condes de Portugal. Tras la muerte de su padre, su madre gobernó durante la minoría de edad de su hijo, pero al llegar la mayoría de edad del hijo, no quiso dejar el gobierno, provocando fuertes desavenencias entre madre e hijo, que hicieron que éste se revelara contra ella hasta su expulsión del condado. Tras fuertes luchas con su primo el Rey de Castilla, Alfonso VII, se independizó y se proclamó rey de Portugal, siendo reconocido por el representante papal y por Alfonso VII en 1145.

El rey portugués conquistó gran cantidad de tierras entre el Duero y el Tajo y así conquistó Santarem, en el bajo Alentejo, tras la batalla de Ourem, en marzo de 1147, convirtiendo esta población en la sede de su campamento, en espera de ir conquistando más tierras a los moros. La conquista de Lisboa tuvo lugar poco después con la ayuda marítima de una flota de cruzados franceses, alemanes, ingleses y flamencos, que iban a Tierra Santa, en octubre de 1148. Tras la muerte del primer rey Alfonso I Henríquez, en el año 1185, el reino de Portugal llegaba hasta el Tajo.

Don Gonzalo y la hija del valí de Alcacer

EL día de san Juan de 1158, una brillante cabalgata de nobles, hombres y mujeres, sarracenos descendía con toda su pompa de Alcacer do Sal, población al sur del río Tajo, hacia el río Sado montados en caballos bellamente enjaezados y las damas en literas doradas, para disfrutar de un día de regocijo, cuando un puñado de caballeros portugueses, en una emboscada, se lanzaron contra ellos al galope. Al frente de ellos iba don Gonzalo Hermingues, llamado «Traga-moiros» (Tragamoros). Se entabló un combate entre ellos y los caballeros sarracenos. Tras la victoria portuguesa, los supervivientes, incluidas las mujeres, fueron llevados hasta Santarem a la presencia del rey Alfonso I. En recompensa de aquella hazaña, el rey le dijo al «Traga-moiros» que pidiera lo que quisiera. Don Gonzalo le pidió la mano de la más bella de las damas que habían sido hechas prisioneras. Era la hija del valí de Alcacer y se llamaba Fátima. El rey aprobó gustoso aquella solicitud y tan solo puso el reparo de que la princesa debía hacerse cristiana libremente. Fátima recibió la instrucción necesaria y se hizo cristiana y Don Gonzalo se casó con ella. En el bautismo recibió el nombre de Oureana. Se llamó Fátima Oureana. Como regalo de bodas el rey le concedió al «Traga-moiros» la pequeña villa de Abdegas que, a partir de entonces, tomó el nombre de la princesa Oureana. Hoy se llama Ourém.

A la muerte de Fátima, don Gonzalo, muy desconsolado, se entregó a Dios en la abadía cisterciense de Alcobaça, recién construida por el rey Alfonso I. En 1171 esta abadía fundó un priorato en una zona próxima, siendo enviado como prior, Fray Gonzalo. Una vez construida la capilla, trasladó a ella los restos de su amada Fátima Oureana. Dichos restos deben estar aún allí aunque ninguna inscripción indique el lugar donde descansan. El convento subsistió hasta el siglo XVI; la capilla todavía en pie, a través de varias transformaciones, ha venido a ser la iglesia parroquial de la población que se creó a su alrededor y que ha venido a llamarse Fátima. Y este pequeño pueblo fue el escogido por la Virgen María para dar su mensaje al mundo: rezar el Rosario para obtener la paz del mundo y que venga a nosotros su Reino.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Estado Islámico en Filipinas

AUNQUE Filipinas siempre ha sido considerada como un país católico, la presencia de un pequeño porcentaje de musulmanes (actualmente el 5%) en las islas, especialmente en Mindanao —situada al sur del archipiélago—, ha sido constante desde el siglo XIV-XV.

Pero no será hasta el siglo XX en que se inicie un movimiento de liberación nacional conducente a la creación de un sultanato independiente del resto de las islas filipinas que agrupe las regiones con mayor presencia musulmana, movimiento que aglutina diferentes organizaciones, algunas de ellas directamente relacionadas con el Estado Islámico (Daesh).

Este conflicto entre los insurgentes islámicos y el gobierno tuvo uno de sus últimos enfrentamientos el pasado 23 de mayo, cuando el ejército filipino intentó capturar en Marawi (Mindanao) a Isnilon Hapilon, líder del grupo yihadista Abu Sayyaf. Los yihadistas del grupo Maute, apoyados por milicianos indonesios y malasios, respondieron con la ocupación total de la ciudad, asaltando el ayuntamiento y el hospital, quemando la catedral, la comisaría, una escuela y una prisión y recorriendo las calles con banderas negras del Estado Islámico.

El general Rolando Bautista, al frente del asalto, explicaba que los insurgentes habían planeado cuidadosamente la toma de Marawi desde hace semanas y que la operación de captura de Hapilon sólo aceleró una estrategia ya en marcha. «Los extremistas tenían entre sus planes no sólo incendiar todo Marawi, aseguraba el general Eduardo Año, jefe del Estado Mayor filipino, sino también asesinar al mayor número posible de cristianos en la vecina Iligan con motivo del Ramadán, en una estrategia destinada a confirmar su poder como rama local del Estado Islámico en Filipinas, al modo que lo hace el IS en Irak o Siria».

Las tropas del presidente Duterte, que ha declarado la ley marcial en la isla, tratan de recuperar el control de una ciudad sumida en el terror, en la que no saberse de memoria el Corán te puede costar la vida, como les sucedió a un grupo de carpinteros que trataban de huir en una de las caravanas de evacuación que ya han logrado sacar con vida a más de 85.000 personas.

A pesar de las duras críticas dirigidas por la Iglesia filipina contra algunas de las actuaciones del

presidente Duterte (desde el asesinato de supuestos consumidores y traficantes de drogas hasta la prohibición de colgar rosarios y llevar imágenes religiosas en los coches), los obispos de Mindanao han emitido un comunicado en el que exhortan a todos los fieles a mantener la calma y obedecer los mandatos de la autoridad legítima: «La ley marcial es un medio de último recurso. ¿Se cumplen los principios morales? ¿Había otros medios para resolver los profundos y graves problemas de Mindanao? ¿Podrán los efectos positivos de la ley marcial superar los efectos negativos? ¿Traerá una cultura de rendición de cuentas y pondrá fin a una cultura de impunidad? ¿Incrementará la ley marcial la violación de los derechos humanos? Las respuestas a todas estas preguntas son especulaciones. Tenemos muchos temores. Pero en la actualidad simplemente no tenemos argumentos sólidos y suficientes para rechazar la declaración de la ley marcial como moralmente reprobable».

Entre los rehenes tomados por los terroristas islámicos, y que son usados como escudos humanos, figura el padre Chito Soganub, vicario general de la prelatura de Marawi, y quince fieles, apresados en la catedral de María Auxiliadora. «Sucedió precisamente en la víspera de la fiesta de María Auxiliadora: a ella le pedimos ayuda. A ella, que es el auxilio de los cristianos, le pedimos por la salvación de nuestros fieles. Sólo ella puede venir en nuestro rescate —exclamó monseñor Edwin A. de la Peña, obispo de Marawi Javier, me puedes quitar el fon de la siguiente foto?—. También hacemos un llamamiento al papa Francisco para que rece por nosotros y para que pida a los terroristas que liberen a los rehenes, en nombre de nuestra humanidad común.

Contra la vida y la familia

EL ataque contra la vida y la familia en la actualidad es un hecho que debería saltar a la vista de cualquier persona. Pensemos, por ejemplo, que los únicos países del mundo que no permiten el divorcio son Filipinas y el Vaticano. O que tan solo en ocho países (Chile, El Salvador, Malta, Nicaragua, Honduras, República Dominicana, Sudán del Sur y el Vaticano) es ilegal el aborto. Y si nos fijamos en la eutanasia y el «matrimonio» homosexual, cinco estados han legalizado ya este tipo de asesinato y 22 países

permiten las bodas entre personas del mismo sexo, cuando en el año 2000 aún no había ninguno que consintiera estas prácticas.

Y basta mirar algunos titulares aparecidos en los últimos meses en distintos medios de comunicación para comprobar que el ataque sistemático contra la vida humana y la familia creada por Dios continúa su curso imparabile.

Filipinas. 15 de abril. Quieren legalizar el *divorcio* en el único país, junto con el Vaticano, donde está prohibido. La red nacional comunitaria y defensora del aborto, Gabriela Women's Partylist, ha presentado por quinta vez desde 2005 su proyecto de ley para legalizar el divorcio en el país.

Chile. 25 de enero. Avanza el proceso legislativo para despenalizar el *aborto*. Por veinte votos a favor, quince en contra y dos abstenciones, el Senado aprobó en general el proyecto de aborto en tres supuestos que comenzó a debatirse ayer en un encendido y tenso debate.

El Salvador. 22 de febrero. Un nuevo debate por la despenalización del aborto se originó ayer después de que la ministra de Salud pidiera a la Asamblea Legislativa considerar la propuesta de la diputada del FMLN de incorporar al Código Penal como causal de aborto no punible el aborto terapéutico, eugenésico y ético.

Honduras. 25 de abril. El Congreso Nacional debate sobre la despenalización del *aborto*. Al penalizar el aborto, el Código Penal de Honduras es incompatible con los derechos humanos y debe ser modificado sin demoras.

República Dominicana. 31 de mayo. Los senadores en la República Dominicana tienen una oportunidad de oro para proteger la vida de millones de mujeres y niñas. Deben aprovechar esta oportunidad y desechar una de las leyes más restrictivas sobre el aborto, contenida en un Código Penal que data del siglo XIX.

Perú. 14 de febrero. Congresistas de izquierda presentan proyecto de ley de «*matrimonio*» homosexual.

Taiwán. 24 de abril. La Justicia legaliza el «*matrimonio*» homosexual. La decisión de la Corte Suprema de Justicia convierte a la isla en el primer lugar de Asia en permitir las uniones de personas del mismo sexo.

México. 19 de mayo. Corte Suprema de México analizará la reforma que permite «*matrimonio*» gay en el estado de Morelos.

Este ataque contra la vida y la familia tan universal y reiterado, tan antinatural e irracional, sólo puede tener un origen preternatural, manifestación de aquel que se alza contra todo lo que lleva el nombre de Dios (cf. Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, 12). Ya que la lucha a la que estamos asistiendo no es simplemente contra la ley natural (no se ponen en cuestión las leyes de la física o de la química) sino contra la ley natural en cuanto reflejo en el hombre de algo sobrenatural.

Así, la introducción del divorcio, negando la indisolubilidad del vínculo matrimonial, pretende hacer imposible la unión fiel de Cristo con la humanidad redimida (cf. Ef 5, 32). La aceptación del aborto y la eutanasia, anulando la dignidad personal del hombre, quiere eliminar el carácter personal de Dios Trino (cf. Mt 28, 19). El «*matrimonio*» homosexual, cancelando el papel de la paternidad/maternidad, busca que el hombre se olvide que tiene un Padre en el Cielo que le ama (1Jn 3, 1). La ideología de género, disolviendo las diferencias entre hombre y mujer, quiere acabar con la imagen de Dios en el mundo (Gn 1,27). Porque cuando Jesús entró en Jerusalén montado en un asno mientras el pueblo le aclamaba como rey, los fariseos le instaron a reprender a sus discípulos y Él les contestó: «Os aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras» (cf. Lc 19, 34-40). Ahora ni a las piedras quieren ya dejar gritar.

Y porque la defensa de la vida y la familia es parte importantísima de la defensa de los derechos, no sólo del hombre, sino de Dios, conviene recordar aquella exhortación del papa Pío XI en la encíclica citada: cuando por las maquinaciones de los impíos se llegó a despreciar el imperio de Cristo con leyes contrarias al derecho divino y a la ley natural, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús, oponiéndose acérrimamente, deben prorrumpir unánimes para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine. Venga su Reino».

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Junio

Universal: Eliminar el comercio de las armas.

Por los responsables de las naciones, para que se comprometan con decisión a poner fin al comercio de las armas, que causa tantas víctimas inocentes.

Julio

Por la evangelización: Los alejados de la fe cristiana.

Por nuestros hermanos que se han alejado de la fe, para que, a través de nuestra oración y el testimonio evangélico, puedan redescubrir la cercanía del Señor misericordioso y la belleza de la vida cristiana.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Golpe de estado y tragedia en Venezuela

LA situación en Venezuela, que se degrada cada día que pasa, ha estallado ya en un caos que se puede calificar de guerra civil. Las continuas manifestaciones masivas pidiendo nuevas elecciones y la liberación de los presos políticos son el último episodio de esta pesadilla.

El régimen chavista, dirigido por Nicolás Maduro tras el fallecimiento del caudillo Hugo Chávez, encarna el populismo más demagógico, la tiranía más despiadada y violenta, el socialismo más destructivo y el latrocinio generalizado e institucionalizado en beneficio de quienes sostienen al régimen (que no se contentan con acaparar las rentas provenientes del petróleo, del que posee las mayores reservas del mundo, sino que controlan también el narcotráfico).

Durante un tiempo la situación se pudo sostener, pero la caída del precio del petróleo (prácticamente la única exportación del país, representando el 96% del total) y la pésima gestión de la economía venezolana han llevado al país a una situación desesperada. La fijación de precios por parte del Estado, una de las medidas que más apoyo ha recibido por parte de la izquierda internacional y los grupos populistas, ha provocado el desabastecimiento, el abandono de la producción en muchos casos y la aparición del mercado negro. La hiperinflación, que ya ha alcanzado el 700%, se prevé que acabe este año en el 1.600%. La tasa de pobreza, disimulada por Chávez a base de petrodólares, ha escalado hasta niveles de hace dos décadas, llegando al 70% según evaluaciones independientes, mientras que el éxodo de venezolanos no cesa.

La destrucción de la economía venezolana ha golpeado a todos los grupos, pero de modo especial a los más débiles: privados de antibióticos y a veces sin tan siquiera jabón, los hospitales públicos han visto la tasa de mortalidad de los recién nacidos de menos de un mes multiplicarse por cien entre 2012 y 2015 (y esto según las cifras oficiales). En el mismo periodo, la tasa de mortalidad de las madres se ha quintuplicado. Por no hablar de la inseguridad: con más de diez asesinatos al día, Caracas es una de las ciudades más peligrosas del mundo.

Maduro, lejos de ceder, se aferra con uñas y dientes al poder en un país que se hunde en el caos. Tras ser ampliamente derrotado en las últimas elec-

ciones legislativas, ha dado un golpe de Estado a través del poder judicial, que controla, para quitar todo poder al Congreso. La reacción, en forma de marchas masivas, ha paralizado el país, pero el chavismo ha respondido con muerte, violencia y mayores restricciones (los medios de comunicación han sido reducidos al silencio). El diálogo promovido por el Vaticano en contra de las advertencias de los obispos venezolanos ha terminado por dar la razón a estos últimos: Maduro sólo quería ganar tiempo para golpear con mayor violencia.

Como ha escrito la Conferencia Episcopal venezolana en un valiente comunicado en Venezuela crece el hambre y la violencia: «la represión ha arreciado y es cada vez más dura en contra de los manifestantes en protestas cívicas, muchos de los cuales son jóvenes», al tiempo que «la desesperanza se apodera de la gente y se va perdiendo el sentido de la vida y no se ve un futuro prometedor para los jóvenes.»

No es de extrañar que la persecución de la autodenominada revolución bolivariana contra la Iglesia se haya también desatado. Como ha señalado el presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Diego Padrón, «los ataques no parecen casos aislados, sino que parecen perfectamente preparados para intimidar a la Iglesia católica». Estamos hablando de amenazas de muerte y blasfemias escritas en las paredes de las iglesias, de misas interrumpidas por la irrupción de «colectivos» chavistas o del cardenal de Caracas, Jorge Urosa, acallado durante la homilía y obligado a abandonar la iglesia. O de la venerada imagen del Nazareno en la catedral de Valencia cubierta con excrementos humanos. O de las curias de las diócesis de Guarenas y Maracay saqueadas y la sede de la conferencia episcopal arrasada. O mucho más grave: del robo de hostias consagradas en Maracaibo y de un sacerdote asesinado en Guayana y otro secuestrado.

Una situación trágica que desvela con claridad, para aquellos que hasta ahora se han negado a ver, lo que resulta obvio: el carácter tiránico y anticristiano del populismo chavista. Cuando escribimos estas líneas, el balance de asesinados por el chavismo durante estas protestas supera ya la cincuenta. Unas muertes que son también una denuncia del silencio atronador con que tantos líderes mundiales, dispuestos a condenar taxativamente un catálogo interminable de situaciones, pasan de puntillas por la tragedia de Venezuela.

Condena por blasfemia en Indonesia

INDONESIA, el país del mundo con mayor población musulmana (de sus 245 millones, el 88% pertenecen a esa religión, mientras que el 9% son cristianos), se suele considerar como la prueba de que es posible un islam tolerante capaz de convivir y respetar a otras religiones. Así ha sido a grandes rasgos (con la notable excepción de la isla de Aceh, donde rige la *sharia*, la ley islámica) hasta ahora.

Los últimos sucesos parecen indicar que, tras una tregua más o menos larga, se vuelve a cumplir la inexorable ley histórica por la que el Islam, cuando es mayoritario, acaba siempre restringiendo la libertad de los no musulmanes.

La más reciente vida política indonesia ha estado marcada por un personaje, Basuki Tjahaja Purnama, más conocido por su sobrenombre Ahok, el popular gobernador cristiano de Yakarta, que contaba con una intención de voto de casi el 75% el pasado octubre, pocos meses antes de las elecciones en las que esperaba renovar su cargo. No ha ocurrido así: con el 42% de los votos, Ahok ha sido derrotado por su rival, el musulmán radical Anies Baswedan, que ha obtenido el 58% de los sufragios y que entre sus promesas incluye convertir Yakarta en «zona económica halal», en la que cualquier servicio, desde los restaurantes a los hoteles, desde los comercios a los bancos, será conforme a las reglas islámicas. ¿Qué ha podido ocurrir para que se haya producido este vuelco en los apoyos electorales?

Una dura campaña, calificada por el Yakarta Post como la más sucia, radicalizada y controvertida, que ha pivotado sobre la acusación de blasfemia contra el gobernador Ahok. La clave de su derrota hay que buscarla en las declaraciones en las que Ahok osó citar el Corán a pesar de ser cristiano. Lo hizo a finales del año pasado, cuando en un encuentro con pescadores, declaró que había quien no le votaba debido a un versículo del Corán. Se refería a versículo 51 de la quinta sura, que dice así: «oh, vosotros, creyentes, no toméis como aliados a judíos o a cristianos». Este versículo, según muchas interpretaciones, prohíbe a los no musulmanes acceder al gobierno en un país musulmán. El comentario, difundido a través de un video en youtube, se hizo viral y le costó a Ahok una denuncia por blasfemia. Y a pesar de que el juicio se fijó para después de las elecciones, el impacto en las mismas ha resultado devastador. Las manifestaciones masivas en contra del «blasfemo» no esperaron a la sentencia, como tampoco lo hizo el Consejo indonesio de ulemas, que emitió un decreto prohibiendo a los musulmanes votar por un no musulmán.

Finalmente, tras ser derrotado en las urnas en abril, Ahok ha sido sentenciado el 9 de mayo a dos años de prisión pues los jueces no se han podido desvincular de la presión y las amenazas de los grupos islamistas

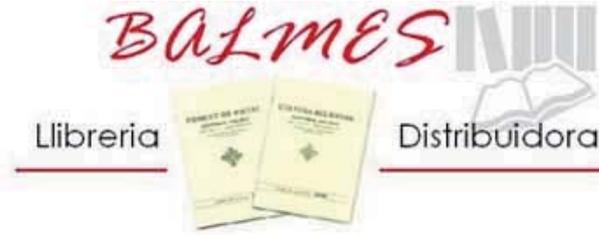
más radicales que han rodeado persistentemente los juzgados donde tenía lugar el juicio.

La Eurocámara pretende quitar a Hungría el derecho a voto en el Consejo de la Unión Europea

EL pasado mes de mayo tuvo lugar un suceso inédito: el pleno del Parlamento europeo pidió activar el artículo 7 del tratado de la UE contra Hungría por «violación grave de los valores» europeos. El artículo, que sólo se puede activar por decisión unánime de los gobiernos europeos, implicaría que Hungría no podría votar en las reuniones del Consejo de la UE.

¿Qué ha podido provocar tan grave resolución? Pues algo aparentemente tan trivial como la nueva ley de educación impulsada por el gobierno húngaro presidido por Víktor Orbán... que pone en jaque a la Universidad Centroeuropa (CEU), propiedad del magnate estadounidense George Soros. La resolución fue aprobada por 393 votos a favor, 221 en contra y 64 abstenciones, y no obtuvo el respaldo del Partido Popular Europeo (PPE), al que pertenece el Fidesz de Orbán.

Georges Soros es un especulador financiero inmensamente rico y poderoso que destina cantidades ingentes de dinero para promover cambios en las sociedades occidentales contrarios a las enseñanzas de la Iglesia Católica y es la persona clave en la acentuación del tono anticatólico del Partido Demócrata estadounidense en nuestro siglo. Ahora Soros parece volcar su actividad en Europa, financiando desde el grupo responsable de la campaña de propaganda en favor de la transexualidad dirigida a menores, Chrysallis, hasta los lobbies que trabajan en favor de la inmigración masiva e indiscriminada en Europa, con el objetivo reconocido de que se asienten un millón de inmigrantes por año en Europa. Es precisamente en Hungría, reacia a sus planes, donde Soros ha invertido más dinero, financiando a todo grupo contrario al gobierno y, de modo especial, a la Universidad Centroeuropa, convertida en centro de referencia para las élites de la izquierda liberal. La nueva ley afecta a esta universidad al operar en Hungría pero estar registrada en los Estados Unidos. Dado que carece de campus en el estado de Nueva York, no podrá operar en Hungría mientras esta situación no se modifique. Además, sus actividades se registrarán por los acuerdos bilaterales entre Estados Unidos y Hungría... lo que significa que su futuro dependerá de la administración liderada por Donald Trump, blanco de las campañas financiadas por Soros y que han movilizó a miles de opositores al nuevo presidente. En este contexto, la movilización del Parlamento Europeo en favor de Soros muestra las influyentes conexiones del magnate en los círculos del poder europeo.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

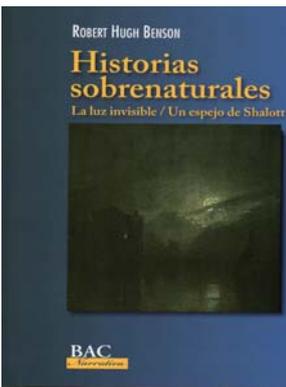
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:



Historias sobrenaturales. La luz invisible. Un espejo de Shalott

Autor: Benson, Robert Hugh
Editorial: BAC
336 páginas
Precio: 27,75 €

A Benson le encantaba el mundo de los cuentos de miedo. Pero en las descripciones sobrenaturales que pinta en sus relatos también existe una intencionalidad: quiere situar al lector dentro del ámbito espiritual. Y lo hace con ciertas evidencias sensibles, proporcionadas por los relatos de

un anciano sacerdote en *La luz invisible* y por una serie de personas, la mayoría también sacerdotes, en *Un espejo de Shalott*.



Cor Iesu, Vultus misericordiae. Actas del Congreso Internacional.

Barcelona, 31 marzo-3 abril de 2016. Año de la Misericordia.
Autor: VV.AA
Editorial: BAC
320 páginas
Precio: 19,00 €

La ciudad de Barcelona acogió del 1-3 de abril de 2016 la celebración de un Congreso internacional bajo el título *Cor Iesu, Vultus misericordiae*. El libro recoge las diversas ponencias del Congreso, las predicaciones episcopales en las celebraciones eucarísticas del Congreso y el testimonio impactante de alguien tocado hondamente por la misericordia de Dios en su vida,



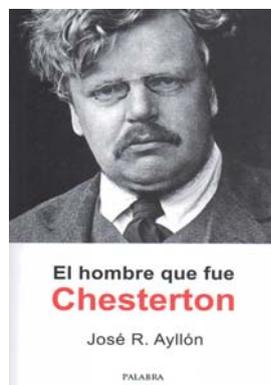
Urgencia de amor divino

Autor: Ángel de les Gavarres
Editorial: CPL
276 páginas
Precio: 14,25 €

Una obra singular. Verdaderamente lo es si se considera su contenido, una amalgama de los más diversos temas que se aportan en un intento de iluminar los caminos del Pueblo de Dios que se ven envueltos en la crisis de civilización que sufre en lo más hondo de su humanidad.

¿Qué verdad hay de más fundamental y más universal en el Evangelio que Dios sea nuestro Padre y nosotros seamos sus

hijos? El autor nos propone a la santa de Lisieux como el icono perfecto de nuestra respuesta de amor y nos muestra la auténtica santidad al alcance de toda persona.



El hombre que fue Chesterton

Autor: Ayllón, José Ramón
Editorial: Palabra
272 páginas
Precio: 17,50 €

Esta biografía es seductora porque también lo fue Chesterton, un periodista que alimentó durante toda su vida la pasión por la política y la historia, la literatura y la filosofía, el cristianismo y la familia. Le tocó vivir entre 1874 y 1936, en el Londres de la época victoriana y de la primera guerra mundial, donde bullían el socialismo y el capitalismo, las tesis de Marx y Malthus, de Freud y

Nietzsche, de Comte y Darwin.

Conocer a Chesterton es una necesidad y un placer, porque sus argumentos son la mejor artillería, pesada y ligera, para estos tiempos de posverdad.

CONTRAPORTADA

Los hijos; don de Dios

El Papa, citando a su santo predecesor, recuerda que «el amor siempre da vida. Por esta razón, el amor conyugal no se agota dentro de la pareja (...). Los cónyuges, mientras se dan entre ellos, donan más allá de sí mismos la realidad del hijo, vivo reflejo de su amor» (*Amoris laetitia* 165). Toda pareja, sea cual sea la circunstancia en la que se ha engendrado el hijo, se da cuenta de que el amor y los hijos son realidades naturales e intrínsecamente vinculadas. Los hijos buscados, esperados y amados desde el acto de la concepción, son una alegría y una bendición. Pero también los que aparecen inesperadamente llegan para ser amados.

El Papa, afirmando la belleza de las familias numerosas, recuerda que tener hijos es una aventura que requiere unos padres maduros. Esto no nos debe hacer pensar que la procreación ha de llegar tarde en la vida esponsal: cuando los esposos se aman se alegran de que su amor generoso y sencillo culmine con la sorpresa gozosa de un hijo. Ellos aprenden a amar a los hijos que crecen en las entrañas de la madre. La natu-

raleza le da nueve meses para realizar este aprendizaje tan emocionante.

El Santo Padre afirma que «todo niño tiene derecho a recibir el amor de una madre y un padre, ambos necesarios para su maduración completa y armónica» (*Amoris laetitia* 172). En un tiempo como el nuestro, es necesario revelar que es muy difícil el crecimiento sereno y equilibrado si faltan unos padres que ejerzan su función educadora desde la identidad maternal femenina y paternal masculina. Es saludable y clarificador leer el número 175 de *Amoris Laetitia* que concluye diciendo: «Hay roles y tareas flexibles, que se adaptan a las circunstancias específicas de cada familia, pero la presencia clara y bien definida de

las dos figuras, femenina y masculina, crea el ámbito más apropiado para la maduración del niño». Me pregunto si el fenómeno creciente de la confusión en la orientación sexual de muchos chicos adolescentes no será debido al hecho de que «en la cultura occidental, la figura del padre estaría simbólicamente ausente, desviada, desdibujada. ¿Incluso la virilidad estaría cuestionada?



Xavier NOVELL, obispo de Solsona, *Full diocesà*, 21 de mayo de 2017